

AL PUEBLO ESPAÑOL

Ha llegado el momento de que los sordos oigan, de que los distraídos atiendan, de que los mudos hablen. El que esto escribe, poniéndose por el más mudo de los hombres, se atreve a sacar del pecho una voz, y arrojarla, como piedra en el charco, en la dormida superficie de la nación española, para que ésta rompa el estúpido medroso con que contempla los desatinos de política y guerra que la llevan a insostenibles precipicios.

Hablo sin que nadie me lo mande, y respondo sin que nadie me lo pregunte, por irresistible impulso de mi conciencia y exaltación de mi fe en el porvenir de la patria, sin invocar otro título ni otro fuero que el fuero y título de español, porque esto basta y sobra para opinar públicamente en días de peligro. Ni aun tomaré el nombre y razones del partido político a que pertenezco. Quiero subir a donde pueda encontrar la máxima extensión de auditorio.

Bien sé que no tengo autoridad; sé también que en este caso no la necesito. Un sentimiento inefable, la grave aflicción ante los males presentes y ante los que dejan entrever los sombríos horizontes, me habilitan para decir a mis conciudadanos lo que osino verdadero y saludable, y lo digo sin temor y sin reservas. Mi patriotismo es de pure manantial de roca, intenso, desinteresado, y con él no se mezcla ningún móvil de ambición.

Ya es hora de que afrontemos las calamidades de estos tiempos, los más azarosos que he visto en cuarenta años, ó más, de presencia la corriente viva de la historia. Ya es hora de oponer a los atrevimientos de nuestros gobernantes algo más que el agombro seguido de resignación fatalista, algo más que las maldiciones murmuradas, algo más que las protestas, semejantes a cohetes que estallan con luces y ruido, apagándose al punto en cobarde silencio. Forzoso es que alguien, sea quien fuere, clame ante la faz atónita del pueblo español, incitándole a contener energicamente las insensateces de los que trajeron la guerra del Rif, sin saber lo que traían, que la desarrollaron y extendieron atropelladamente, tropezando en la tragedia y levantándose con arrebatos heroicos, que un día proclaman alegrías de paz y al siguiente nos llaman a mayor guerra, y ahora, arrastrados de la fatalidad, se ven en el forzoso compromiso de agrandar la acción ofensiva con amplitudes desproporcionadas, que no tendrán cabida en el marco modestísimo de nuestro estado financiero y militar. Los inventores de estas descomunales aventuras no cuentan con el agotamiento del acervo nacional en sangre y recursos, y comprometen gravemente al Ejército que funda su tradicional prestigio en la Historia, no en los Libros de Caballería. Si sobreviene un apretado caso de honor, Ejército y Patria darán cuanto se les pida, pero con su correspondiente cuenta y razón. Para una campaña de honor con finalidad conocida y a la luz del sol, cuanto se quiera; para campañas de vanagloria infundada en las tinieblas, nada.

Me determino a lanzar estas voces para duplicar el amargor de la pasividad en que vivimos, condenando y sufriendo, maldecido y callando. A este limbo de estúpida somnolencia nos ha traído la acción jesuítica, que de algunos años acá viene depositando sobre el alma española el plomo de la indiferencia, de la inhibición y del egoísmo.

Es el nirvana gris que entumece los cerebros y paraliza las voluntades. Hace poco, al presentarse los primeros síntomas agudos de la grave dolencia hispana, he visto las caras de las esfiges políticas, jefes de partidos y subpartidos. El quietismo y el «ojalá» funesto dominan en las respetables facciones de los llamados prohombres. De su boca sale un gemido lastimero, pero nada más que el gemido, y sus cuatro garras permanecen sin el menor movimiento, clavadas en sus mármoleos pedestales. Todo lo fían, todo lo esperan de la función parlamentaria, sin considerar que el gobierno, ya en estado de delirio furioso, tratará de sustraer a las minorías la función parlamentaria, siempre que aquéllas no le lleven al Congreso y Senado los precisos acomodos para asegurarse la irresponsabilidad y un año más, por lo menos, de orgía dictatorial. Tiempo tendrán, pues, las esfiges de echar otra larga siesta junto al lecho de España moribunda.

Que la nación hable, que la nación actúe, que la nación se levante, en el sentido de vigorosa erección de su autoridad; que no pida al Gobierno lo que éste, enredado en la maraña de sus desaciertos, no puede dar ya: verdad en las informaciones de la guerra, orden, serenidad y juicio en sus acuerdos políticos y militares. Juzgando con benevolencia las intenciones, puede decirse que el Gobierno quiere hacer las cosas de rechas y le salen torcidas. En él hay un caso

de epilepsia larvada. Lo que España debe pedir a sus actuales gobernantes es que se ausenten del trajín de los asuntos públicos, y traten de recobrar en lugares de apartamiento la salud que han perdido. Mediten en los daños causados, reparen sus yerros, que si lo hicieran con el rosario, no habrá ninguno con número bastante de cuentas para llegar al fin.

Si se viera la nación en el duro trance de mayores sacrificios, librela Dios de dar a estos hombres ni el valor de una gota de sangre y de una triste peseta. Pónganse estos preciosos dones en manos distintas de las que nos han tejido esta envoltura funeraria. La desafortunada aventura de la guerra del Rif y las enormidades de Barcelona reclaman enmienda urgente. La paz en una y otra parte no puede venir sino por la labor prudente de otras cabezas y otras manos. ¡Ay de España si no tuviera entre sus hijos cabezas y manos que sepan poner fin a males tan fieros!

Me lanzo a esta temeraria invocación esperando que a ella respondan todos los españoles de juicio sereno y gallarda voluntad, sin distinción de partidos, sin distinción de doctrinas y afectos, siempre que entre éstos resplandezca el amor de la patria, así los que hacen vida pública como los que viven apartados de ella, lo mismo los que saborean todos los gozos de la vida que los que sólo han conocido penas y sufrimientos, los que sirven a la nación en esferas civiles y militares, ó en los extensísimos campos del arte y las letras, de la ciencia, del comercio y de la industria. Revístanse de la invulnerable personalidad de ciudadanos españoles, proclamen su derecho al sentir político, al opinar y al pedir imperiosamente las reparaciones del derecho, la paz honrosa, el despejo de las horrendas nubes que cierran el camino a nuestras ansias de buen gobierno, de bienestar y de cultura.

Unidos todos, encaminemos hacia su término la guerra del Rif, añadiendo al fulgor de las armas la luzidez de los entendimientos en cuanto se relacione con la política internacional. Apaguemos de un soplo los cirios verdes que alumbran el siniestro Santo Oficio, llamado por mal nombre «Defensa Social», vergüenza de España y escándalo del siglo, y pongamos fin a las persecuciones intencionales, al enjuiciamiento caprichoso, a los destierros y vejámenes, con ultraje a la humanidad y desprecio de los derechos más sagrados. No estorbemos a la justicia, sino a la desenfrenada arbitrariedad y al furor vengativo. No temamos que nos llamen anarquistas ó anarquizantes, que esta resucitada Inquisición ha descubierto el ardor de tostar a los hombres en las llamaradas de la calumnia. Ya nos han dividido en dos castas: «buenos y malos». No nos turbemos ante esta inmensa ironía. Rellenemos las filas de los «malos» que, burla burlando, a la ida contra el enemigo seremos «los más», y a la vuelta los «mejores».

Ya es tiempo de que se acabe tanta degradación, y el infamante imperio de la mayor barbarie política que hemos sufrido desde el aborrecido Fernando VII.

Aunque sólo hablo como español, entiendo que mis últimas palabras han de ser para mis correligionarios, que de ninguna excitación necesitan para demostrar en todo caso su acendrado patriotismo. Los republicanos serán los primeros que acudan a levantar un fuerte muro entre España y el abismo.

B. PÉREZ GALDÓS

Madrid 5 de Octubre de 1909.

Patriótico y valiente documento el anterior, que hago mío en todas sus partes, si bien lamentándome de que, como el energético y contundente de Costa (que no reproduzco por haber sido denunciado), haya llegado un poco tarde. Cuando yo propuse que la prensa hiciese una campaña rápida y dura contra la guerra, entonces hubieran ambos contribuido poderosamente a impedir que se iniciase, ó levantado a la nación en masa contra el gobierno. En todo, pero en política más que en nada, la oportunidad decide del éxito.

Pero, en fin, más vale tarde que nunca. Si producen ahora los efectos deseados, la mayor gloria de Costa y de Galdós será en lo presente y en lo porvenir el haber suscrito esos documentos.

Seamos razonables

¿Que son cobardes y miserables los clericales que, en una población de seiscientos mil habitantes, permanecieron agazapados en sus casas, porque se habían echado a la calle tres ó cuatro mil individuos en son de protesta, y después, al verlos vencidos, y presos, y procesados se han constituido en sus acusadores implacables?

Opino que no debe calificárseles de ese modo, porque cada ser responde a la ley de su naturaleza. Y si sería necio pedirle a la víbora que no destilase veneno, al tigre que no mordiera y al tiburón que no devorase, más necio es exigirle al clerical sentimientos dignos y humanitarios.

Pensando como piensan, no pueden obrar de otro modo que obran. Si lo hicieran, dejarían de ser lo que son.

Problema

En Barcelona han estallado varias bombas después de los sucesos de Julio.

De los anarquistas que allí había, el que no está preso, está emigrado; luego no puede continuarse diciendo que ellos las ponen.

¿Quién las pone, pues? Creo que merece la pena de pensar en esto, para ver si logramos saber de una vez la verdad en este punto.

Nos daría la clave de muchas cosas.

El pánico perdura

No tiene explicación que el pánico sentido en el mes de Julio haya durado dos meses, pero menos la tiene aún el que no se haya disipado del todo.

Y digo esto, a propósito de la conducta observada por varios periódicos con el documento suscrito por Costa. Firmaron la petición, y al enterarse de lo que Costa decía, no se atrevieron a publicarlo.

No tiene disculpa su conducta. Sabiendo cómo piensa y cómo escribe Costa, debieron suponer que no iba a expresarse de otra manera que lo ha hecho.

Únicamente se comprendería que hubieran dejado de publicarlo, si Costa hubiera escrito un documento indigno de su patriotismo, de su fama y de su valor cívico.

Los socialistas

Los felicito por la nueva actitud que han adoptado, de marchar unidos con republicanos y liberales contra el enemigo común. Lealtad, abnegación y desinterés en todos y el triunfo será nuestro.

UNA IDEA

No creo que haya quien suponga que yo no sepa hacer un artículo de tonos duros, condenando a todos y cada uno de los hombres que han traído a España a la situación en que se encuentra, la más terrible que ha atravesado desde comienzos del siglo pasado acá; y menos quien sospeche que por temor a las resultas no lo escribo: una denuncia más ó menos, habiendo sufrido tantas en mi vida periodística, no es cosa que pueda preocuparme.

No lo escribo, porque antojásemme que después de tantos años de artículos tremendos y de discursos altisonantes, en que hemos dicho todas las verdades y lanzado todas las acusaciones sin lograr que los gobiernos monárquicos cambien de rumbo, deberíamos variar los términos de la propaganda.

Admiro todos los arranques viriles, y, por tanto, sólo plácemes tengo para los autores de los artículos valientes que viene publicando la prensa avanzada, las excitaciones energéticas de los hombres importantes y los manifiestos firmados por los que tienen fuerzas que los sigan; pero creo que eso no basta, y que debemos hacer todos algo más.

Los males están bien señalados, y muchas veces; lo que falta, es acordar y aplicar el remedio. Y que el remedio no viene escribiendo fuerte y charlando más fuerte aún, incuestionable es. Si en eso consistiera, los artículos de *El País* y *España Nueva* (que sólo se han leído en Madrid), hubieran bastado para levantar los espíritus. Y el soberbio documento suscrito recientemente por Costa, y que tampoco ha llegado a provincias, ¿qué efecto no hubiese producido? Pero nada; aquí, donde se ha leído, nos hemos contentado con decirnos unos a otros: «¿Pero ha visto usted qué valiente ha estado Costa? ¡Así se escribe!... ¡Qué hombre esel... ¡Con tres ó cuatro como él!... ¡Si el gobierno tuviera vergüenza, habría presentado la dimisión!...»

Y nada más.

Por estar convencido de esto, hace muchos años, más de veinte, que yo no escribo artículos de esos que sólo leen el fiscal y los suscriptores de Madrid, y vengo dedicado casi exclusivamente a combatir al clericalismo, a pesar de que *no existía*, según aseguraban muchos de mis queridos correligionarios, y a procurar que nos unamos, para ver si así ofrecemos hoy ó mañana garantías a los que pudieran ayudarnos a poner a España en condiciones de redimirse, dignificarse y prosperar.

Esto último, lo de unirnos, creí haberlo conseguido en Marzo de 1903; desgraciadamente, a los cuatro ó cinco meses vi que me había engañado. Desde Octubre del año anterior, en que reapareció *El Motín*, he apuntado tres veces la idea de unirnos, y no he encontrado eco.

Y respecto al clericalismo, *que no existía*, he hecho cuanto he podido para llevar a todos al convencimiento de que el mayor peligro para la libertad estaba en él, y, como el pastorcillo de la fábula, me he pasado la vida gritando al lobo, al lobo; sólo que, en lugar de acudir los pastores, y yo burlarme de ellos, mis voces se perdían en el vacío, ó eran ellos los que se burlaban de mí.

Y hoy que ven al clericalismo devorando con rabia insaciable derechos, honras, vidas y cuanto la libertad puso bajo nuestra guarda, apelando a la calumnia, gozándose en la delación, o fateando presas y atragantándose de sangre, hoy es cuando todos gritan desesperadamente ¡al lobo, al lobo, y dicen que se aprestan a defender lo que nunca debieron abandonar.

En tal sentido, voy a indicar lo que en mi opinión deberíamos hacer los periodistas para levantar el espíritu del pueblo, ó convencernos de que aquí no hay pueblo con espíritu, sino una pira inmensa de corderos para quienes parece haberse escrito la fábula que empieza así:

Poco antes de morir, el corderillo lame alegre la mano y el cuchillo que han de ser de su muerte el instrumento.

Y lo que deberíamos hacer es esto:

Firmar y publicar todos los directores de periódicos, desde el liberal más tibio hasta el socialista más ardoroso, un artículo que obligara forzosamente al gobierno a encarnelarnos dentro de una misma semana. A la siguiente, repetir la operación los directores nuevos; y así sucesivamente, hasta que no quedase un periodista libre. Así redimiríamos ante la opinión las faltas que, en más ó en menos, hemos cometido todos, ó nos persuadiríamos de que en este país no hay ya verdadera opinión liberal, sino una caterva de embusteros y de cobardes, de resignados y de sumisos, que merecen pasar más hambre, sufrir más humillaciones y soportar más vergüenzas de las que pasan, sufren y soportan. Y entonces obraríamos en consecuencia los que venimos sacrificándolo todo por hacer de España un país digno, progresivo y floreciente.

Si esta idea fuese tomada en consideración, reclamo el honor de escribir y publicar el primer artículo en *El Motín*.

JOSÉ NAKENS

EL MONASTICISMO Y LA SEDICION DE BARCELONA

Al Excelentísimo Señor Fiscal del Tribunal Supremo.

Excmo. Sr.:

Las leyes y costumbres de todos los pueblos medianamente cultos, prohíben el juzgar al reo sin antes oír sus descargos y defensa, con tanto respeto como se oye la acusación; porque en esto consiste la recta administración de justicia: en no dejar impune un átomo del crimen y en no castigar un átomo de inocencia, siendo más escandaloso para las sociedades el aplicar al inocente la medida del criminal, que el que el criminal participe de los beneficios de la inocencia.

Sobre todo en los pueblos que se tienen por cristianos, el simple recuerdo de que su Dios fué víctima de un proceso judicial de los Tribunales Supremos eclesiástico y civil, debe poner en guardia a los jueces para no hacerse cómplices del delirio, repitiéndolo en los ciudadanos, ya que el mismo Cristo, en el Juicio Universal, establece como sentencia previa esta ley aplicable a los jueces y a los que no lo son: «Lo que hicisteis con

vuestros prójimos, eso habéis hecho y habéis hecho conmigo.» Y en cuanto á la benignidad con el reo, su mismo Dios, que preside la mesa de los Tribunales españoles, está repitiendo: «Perdonad á vuestros enemigos... El que esté libre de culpa lance la primera piedra.» Este es el único Evangelio y el único cristianismo judicial; y si alguien dijese lo contrario, miente, según afirma San Pablo.

Dentro, pues, del espíritu éste de las leyes y del único Evangelio de Cristo, voy á hablarle á S. E. de los reos de la sedición de Barcelona; y lo hago en público, ya que ante la opinión pública han traído la acusación su. e enemigos, solicitando el odio popular y de las generaciones venideras para aumentar el castigo de prisiones, presidios, destierros y muerte, impuesto por los Tribunales.

S. E. es hombre de ley: hablo en nombre de la ley. S. E. es católico: hablo en nombre de Cristo. S. E. es hombre racional: hablo en nombre de la razón. Ruego á S. E. que me oiga con el respeto que yo prestaría á sus discursos.

El razonamiento que voy á hacer es éste: ¿se pretende que el pueblo catalán sea un pueblo sometido á leyes desconocidas de la humanidad, y que soporte y tolere lo que jamás soportaron los hombres de ningún país ni de ningún siglo? Y esto es lo que voy á demostrar.

De antemano debe rechazarse el calificativo de *incendiarios* y *asesinos* comunes, que se aplica á aquellos sediciosos. S. E. sabe (y cualquiera fraile sabrá precisar la página de la Teología Moral que lo dice) que las acciones humanas se califican por el fin intencional y no por el hecho material. Por esto no llamamos incendiario y asesino al ejército que mata é incendia para hacer más fecunda la vida y más firme la sociedad. El estrago podrá ser materialmente mayor, y, sin embargo, la calificación ética y jurídica es contraria, y aun laudable. En el lenguaje corriente se llama asesino al que mata por matar, con un fin dañado, é incendiario al que incendia para destruir, llevado de un impulso criminal y deshonesto. Estas circunstancias no concurrirían en Barcelona: las turbas *podían asesinar, y no asesinaron*; luego no son asesinos comunes. Pudieron incendiar casas, tiendas y fábricas, que encontraron abandonadas á su paso, y no las incendiaron: luego no son incendiarios comunes. El hombre como tal, el ciudadano como tal, la ciudad como tal, no han producido la menor queja ni se han dolido del menor atentado: luego no son enemigos de la ciudad ni de la humanidad, como tales, sino de *un cierto modo accidental*, de la ciudad y del ciudadano; y este *modo de ser accidental*, es el *convento*, el *templo* y el *oficio religioso*, que no debe confundirse con la *virtud religiosa*, pues una cosa es la *virtud* y otra el *oficio*.

Al juzgar, pues, estos hechos, la ciencia jurídica moderna, en un todo conforme con la moral de Cristo (la que no se enseña en las escuelas católicas, en las cuales se enseña la moral del Papa-Rey, y no la del Dios-Hombre), no permite aplicar ciegamente la pena legal material al hecho material externo, sino que obliga á medir la culpa interna del sujeto. Una regla de crítica elemental nos fuerza en este procedimiento, inexorable, á apreciar todo el mal que se hizo sin poder legalmente hacerse, y á respetar como bien todo el daño que pudo físicamente hacerse y dejó de hacerse, ya que la evitación de un daño es un bien. He aquí, pues, la primera conclusión inexorable: los sediciosos son censurables por el daño que hicieron; son loables por el que pudieron hacer y no hicieron. Este criterio es católico, y por ende oficial en España. Se halla en esta frase del Evangelio: «bien haya el que pudo faltar y no faltó».

En nombre de la justicia estimativa deseo que no se proceda á juzgarles con odio sectario y sistemático, negando lo bueno para ver sólo lo malo; y en esto, adviértase bien que no hago la *apología del crimen cometido*, sino la *apología del crimen abstenido*, ó mejor dicho, de la abstención del crimen.

Otra circunstancia hay notable. Yo no recuerdo haber leído en la Historia relato alguno de turbulencias de este género en que los sediciosos hayan guardado á las personas adversarias respeto igual á éste. Este caso de moderación, único en la Historia y en el mundo, ¿no merece ser apreciado como un hecho excepcional? Yo hago constar que me enorgullezco de ser hijo de un pueblo cuyas turbas desarrapadas y hambrientas, en el paroxismo del furor y en el desbordamiento de sus iras, saben distinguir entre la *persona* y la *idea*, entre el individuo humano y la *profesión*, y que, á vista de los tesoros abandonados, contienen sus manos para no mancharlas con el tesoro ajeno. Si la moral de todas las clases sociales de aquel pueblo estuviese á la altura

proporional de estas turbas, ¿habría en el mundo pueblo moralmente superior á éste? Ni los ejércitos mejor disciplinados han dado hasta aquí pruebas de tal grandeza de juicio. Pero aquel *modo de ser accidental* de los objetos del incendio y de las personas desalojadas de sus casas, aunque sea un *modo legalmente libre* é independiente de las masas, resulta ser así ante la vida social? He aquí la verdadera cuestión científico-jurídica.

El *oficio religioso* (no la virtud) es un *oficio social*. El fraile no puede vivir sin la sociedad, y vive á expensas de la sociedad y sobre la sociedad; y la sociedad que lo sostiene, no es el Estado, que *gasta y no produce*, propiamente hablando; ni son las clases *ricas*, que lejos de servir á los demás, necesitan ser servidas, y viven esencialmente del servicio ajeno. Siempre y en todo caso, el fraile carga sobre el primer elemento productor: el *obrero*, que es la base de la economía social. Y he aquí ahora el problema: ¿es dueño el individuo y es libre de sustraerse al ejército trabajador para convertirse en carga del obrero, sólo con tomar un hábito y un título de fraile? La libertad jurídica en éste supondría el deber en aquél de soportarlo, so pena de hacerse también fraile y de dejar en cuadro el trabajo nacional.

¿Por razón de los medios? Es cierto; los medios han sido ilegales. Y aquí, si yo me propusiera argüir en católico, ya que el gobierno se jacta de serlo, llevaría al tribunal á un atolladero de difícil salida. Porque el catolicismo no admite la supremacía moral de la ley, antes bien, Santo Tomás, declarado por Pío X maestro único en estas y otras materias, enseña terminantemente que la ley, de suyo, carece de valor, y que sólo lo tiene por razón del *bien común* y de la *justicia*; y dice expresamente: «la ley injusta no obliga». Esta doctrina católica es más inextinguible de lo que parece, pues el mismo Santo Tomás, y con él *toda la Iglesia*, enseñan que cuando el Estado se entera en imponer una ley injusta, pasa á ser tirano; y que el tirano, por sólo el hecho de serlo, deja de ser soberano y pasa á ser un detentador del poder, un intruso y un corruptor.

De que el derecho popular á reclamar contra la plaga religiosa ha sido racionalmente exigido, hállese las pruebas en la Historia de España, en el Concordato, en las leyes desamortizadoras, en las quejas de las Cortes de Castilla, en las Reales Pragmáticas, y aun en los Concilios eclesiásticos, particularmente españoles. Sobre todos ellos merece citarse el Santo Concilio de Cartago, que prohibió á las mujeres españolas, bajo pena de excomunión y de privación de sepultura eclesiástica, entrar monjas sin haber cumplido cuarenta años de edad.

Digno de conocerse es el apóstrofe del más célebre arzobispo de Rijles (nombre de la destruida Reggio cuando pertenecía á España), que decía al rey, quejándose del exceso religioso: «No siendo nuestro tiempo mejor que los pasados, no hemos de presumir que Dios llame á la perfección á más individuos que antes. Si antes llamaba á tan pocos, y no debiendo llamar más ahora, siendo tantos los que están metidos sin llamarlos Dios, sólo el Diablo puede llamarlos; y el Diablo llama á los hombres, no á perfeccionarse, sino á corromperse.»

Pero hay un concepto y un dato que no deben pasar inadvertidos. El fraile no es un *sér cristiano*, sino *bramánico*. En la revista *España y América*, el agustino P. Hospital, que anda por el Oriente, se hace cruces de ver por allá los frailes y monjas de Buda, más arreglados, austeros y modestos que los de acá; sólo que los unos se rapan la coronilla y los otros se dejan la coleta. La historia de los frailes chinos ha sido la de los europeos. En vez de llamarse *hijos del corazón de la piedad de San Silvestre*, allá se llamaban religiosos de *Wou-wei-kiao*; en vez de *jesuitas*, *lamas*, *bonzos*, *bo-ces*, etcétera. Habían llegado á tener 4.660 templos oficiales y 40.000 particulares. Los frailes de Fo llegaron á ser 530.000 profesos de votos solemnes oficiales (en proporción, menos que en España). Se fueron haciendo dueños de la propiedad y del poder. Viajaban á lo príncipe á costa del pueblo, vestían y comían ricamente, cogían lo que se les antojaba (no conocían el procedimiento de *la limosna*), y su pujanza llegó á tanto, que en cierta ocasión azotaron á una princesa de sangre imperial. ¡Como en Canosa!

Clamó el pueblo, y los emperadores hubieron de irles á la mano. Ming-Hoasag (año 712) hizo destruir muchos templos, y envió á sus casas «á aprender á trabajar» á 12.000 frailes de un golpe; destruyó sus santos y prohibió fabricar imágenes. Siouan-Tsoung (año 846), en vista de que á medida que los pueblos se empobrecían los frailes y monjas se hacían ricos, *sin prestar servicio alguno á la patria*, mandó á las monjas dedicarse á la cría de gusanos de seda, que

era la industria nacional, y á los frailes cultivar la tierra, prohibiendo á los nacionales profesar en la religión.

Wou Tsoung (año 1311) sometió las propiedades conventuales al impuesto común; Houng-Wou (año 1373) suprimió todos los templos, dejando sólo uno en cada ciudad de primero, segundo ó tercer orden, y, como el Concilio de Cartago, prohibió á las mujeres hacerse (boncesas) antes de los cuarenta años.

Queda demostrado *que siempre y en todas partes* los frailes y monjas han producido iguales efectos y provocado iguales represiones; y si lo que *siempre y en todas partes* ocurre es ley natural, fatal é inevitable de la humanidad, según la sabia definición de Montesquieu, debe reputarse como temeraria la legislación que, por testimonio universal de la Historia, se sabe que es violenta á la naturaleza social.

Mucho más podríamos aducir acerca de la honradez con que se cumplen las reglas y de otros hechos ofensivos de los sentimientos populares; el estado de irritación de los ánimos aconseja vender estas llagas ante el público y que S. E. no necesita ver enumeradas.

He aquí, Excmo. Sr. Fiscal, las consideraciones que creo pertinentes exponer para la defensa justa, cristiana y razonable de los reos de Barcelona, cuyos acusadores han exremado las agudezas del ingenio para hacer execrables los hechos y odiosos á sus autores. No ha habido escritorzuelo que no haya acudido presuroso á lanzar piedras contra estos reos, aun después de estar en manos de los Tribunales, lynchándoles con denuestos por no poder hacerlo á cuchilladas. Estos gritos, semejantes al *¡crucificado!* de la turba judía, pesan con harta frecuencia, con fuerza sugestiva, sobre el ánimo de los jueces; á contrapesar esta influencia insana encamino este trabajo, y lo fío á la religiosidad, asendereamiento y justicierismo de S. E., en cuya carrera deseo brille todo acierto.

S. PEY ORDEIX

Gracias nuevamente

Continúa el Gobierno velando por mi tranquilidad y sosiego. Los polizontes no se mueven de la puerta de mi casa. No me creía un hombre tan terrible.

Si tardan un poco más en advertírmelo, me voy al otro barrio sin enterarme, y me presento allí como un insignificante cualquiera; mientras que ahora debutaré de personaje.

Esta esperanza colma mi orgullo, y me hace comprender la filosofía de esta frase tan repetida:

«Hasta el fin nadie es dichoso.»

Covadonga

II

Nadie dudará de que, gracias al esfuerzo inicial de Pelayo y su gente, los españoles tenemos la suerte de vivir en un país cristiano, que es tanto como decir civilizado; en un país con ferrocarriles, alcoholismo, periódicos, botas con suelas de cartón, sociedades por acciones, luz eléctrica, sífilis, guardia civil, telégrafos, mantenimientos de alquimia, líneas de navegación, convento, derechos políticos, puños y cuellos postizos, bancos de emisión y descuento, neurastenia, concejales, prostitución reglamentada, teléfonos, pan frito de peso, automóviles, listerismo, caseros, dirigibles y aeroplanos, asilos, libertad de trabajo, tranvías, pianos de manubrio, ciudades industriales, pauperismo y, en suma, cuantas instituciones, cosas, circunstancias y requisitos forman la red que llaman civilización.

«Ahora bien»—que dicen los oradores cuando entran en el período demostrativo;—suprimid el esfuerzo inicial del héroe cuyos restos yacen en este sepulcro noblemente primitivo y modesto; suprimid también los esfuerzos de la inacabable retahíla de sus gloriosos, intrépidos é ilustres sucesores, y á estas fechas nos veríamos privados de tantos bienes y metidos hasta el cogote en la barbarie.

Y entonces ¿cómo nos las compondríamos para que cada año muriesen de hambre aguda sobre 1.600 individuos? ¿Cómo para que emigrasen 100.000? ¿Cómo para que 400 se quitasen la vida, la mitad sin decir á nadie por qué, y 80 con disculpa ó pretexto de que carecen de recursos ó de trabajo? ¿Cómo para poder refocilarnos con una manceba cada 14 madrileños?

¿Y la mujer, emancipada, según dicen, por el cristianismo? ¡Oh, nobles y sagaces escritores que echáis calicatas en la psiquis de la selvática rifeña! Sin la Reconquis-

ta, nuestras madres, esposas, hermanas, hijas y hasta nuestras tías, primas, suegras, sobrinas y cuñadas se verían hoy privadas de los derechos civiles y sin la más remota esperanza de conquistar los políticos. Y es posible que fueran tan escasas de meollo y de tan pocas luces, que ni pensarían en semejantes venturas, hallándose en su estado de sumisión y dependencia, si no bien, resignadas por natural y censurable inconsciencia.

En cambio, entre nosotros la mujer está emancipada, ante la ley es igual al hombre, no ha de soportar rivales una vez casada, por ser cosa prohibida la poligamia, tiene derechos civiles y tendrá los políticos el día menos pensado, y es compañera, no sierva. Además no se ve recluida, encerrada de por vida en el hogar, ni tampoco es bestia de carga, como se estila en países bárbaros.

Cierto que en la España cristiana y, por tanto, civilizada habrá oficialmente como dos millones de representantes del bello sexo que labran la tierra, incluso tirando del arado al par de una caballería, que cargan y descargan barcos, que acarrear materiales de construcción, que trabajan en minas y tejares, que están encerradas en fábricas y talleres ó que cosen desde que apunta el día hasta muy avanzada la noche; mas por ser excepción, estos dos millones nos dan idea remota de cuán repulsiva es la barbarie, eludida, repito, por el esfuerzo inicial de Pelayo.

Si no mienten las cronologías, Pelayo y los suyos iniciaron aquí la Reconquista en 718, terminándola los Reyes Católicos en 1492: ocho siglos en números redondos; y como de 1492 á hoy van cuatro, resultan doce siglos de civilización cristiana en todo ó en parte del territorio.

«Pues bien»—que dicen los oradores cuando, terminada la demostración, van á pulverizar al adversario;—sin Alfonso VI y sin Fernando III, ¿se albergaría la mayor parte de los moradores de la feliz Castilla en buenas casas de barro ó en cuevas, subterráneas, naturalmente? ¿Hubieran podido ganar el año pasado los braceros andaluces treinta céntimos y tres gazpachos por doce horas de trabajo? ¿Podrían comer casi todos los días del año un gazpacho «con su ajito y todo» cada veinticuatro horas las familias de esos braceros?

¿Sin la reconquista de las Baleares por Jaime I, cuando llega un año malo podrían los lriegos insulares alimentarse con higos?

Y dejando las cosas relacionadas con la vil materia, ¿se habría reducido á la mezquina cifra de once millones el número de los que no saben leer ni escribir?

Y elevando más la puntería, ¿habría podido la Inquisición, durante trescientos veintisiete años mal contados, quemar dos individuos de carne y hueso cada semana, y encarcelar, atormentar, azotar, etc., etc., á diez y nueve, también por semana?

Y no se hable de las grandes verdades que ignoraríamos, tales como que para ser sana una habitación ha de tener 25 metros cúbicos por individuo; que Dios es uno en esencia y trino en persona; que el monasterio de El Escorial tiene 740 pies de fachada de N. á S. y 580 de E. á O.; que con el nominativo designamos al sujeto ó agente de la significación del verbo; que es de mala educación lavarse los dedos con saliva; que toda elevación en la tasa del descuento supone una depreciación en el papel del comercio; que los terminados en *aje* deben escribirse con *j*; que los reyes tienen tratamiento de majestad, los príncipes é infantes de alteza, y los serenos, cocheros, camareños, carreteros y mozos de cuerda, de tú, y gracias; que los heterópteros se dividen en cimicidos y népidos, etc., etc., etc.

Total, lector amigo, que en este áspero rincón, en este grandioso teatro de una hazaña estupenda que cambió el curso de la historia, en esta «cuna de la Reconquista» se sienten con inenarrable intensidad los infinitos bienes que nos ha proporcionado la civilización cristiana y su indiscutible superioridad sobre todas las demás.

J. J. MORATO

Reflexiones

Un mahometano, según su ley, puede orar en un templo consagrado á Cristo. Un católico no puede rezar en una mezquita como no esté consagrada por un sacerdote de su misma religión.

¿Son más tolerantes los mahometanos? ¿Son más sutiles? ¿Practican mejor la creencia de que Dios está en todas partes? Allí ellos. Pero más lógicos que los cristianos en estas teologías, si lo son.

¡Lástima que no crean en la infalibilidad del Papa! Serían perfectos.

Francisco Ferrer

A la hora de cerrar este número (cinco de la tarde del lunes) ignoro el fallo del Consejo de Guerra que el sábado lo juzgó en Barcelona como complicado en los sucesos de Julio.

El fiscal pidió para él la pena de muerte, y el defensor, Sr. Galcerán, capitán de ingenieros, la absolución, en un razonado y brillante informe.

No emito juicio, por lo que he dicho ya: por ignorar cuál haya sido la sentencia; pero confío en que el tribunal no accederá a la petición del fiscal, por no haberse probado la mayoría de los cargos que se le hacían, y no alcanzar a los probados pena tan grave.

Si desgraciadamente me equivocare, lo sentiría por Ferrer y por todos; hasta por sus enemigos; mas confío en que entonces el Gobierno lo indultará.

Quiero mucho a España para no dolerme de todo cuanto pueda dar pretexto a que se la vitupere ó se la denigre.

El concertante de "Aida"

Todos lo hemos admirado como pieza de música verdiana, pero acaso no todos hemos visto cómo ese concertante se está cantando siempre en el mundo y particularmente en España.

Unos príncipes que instintivamente se inclinan a la benevolencia; magnates y guerreros que en un momento dado tienen un rasgo de nobleza y se muestran liberales y conciliadores, é inmediatamente el coro de bajos, los curas pidiendo cadenas y sangre y exterminio.

Porque hay que desengañarse; en España apenas veamos una opresión del pueblo, un acto de tiranía, algo de lo que enciende la sangre de las muchedumbres, ya podemos tener por seguro que en alguna región alta ha sonado el coro amenazante de los sacerdotes.

Las medidas extraordinarias, retrógradas, indignas del siglo en que vivimos y que denotan un odio asiático al rotativo, al gran periódico, a la prensa que se lee y que influye, qué son sino la bilis almacenada en más de un siglo de esfuerzos inútiles y ridículos para lograr el periódico católico? ¿Qué son sino la venganza de sacerstía, solapada, inexorable, venenosa? El coro de bajos diciendo, con ó sin música de Verdi: «Ahora es la ocasión; vamos a ver si los matamos; vamos a saber a qué momento siquiera el placer más eclesiástico que existe, el de la venganza sin riesgos; vamos a hacer sufrir á esos odiados rotativos algo de lo que los periódicos nos venimos sufriendo de humillaciones, de ahogos financieros, de trabas para andar y para vivir.»

Con cada orden draconiana que sale de Gobernación, sale también como una bocanada de aire de cripta, de olor á vieja sucia, de humo de incienso.

En el concertante, que no se canta á vista del público, hubo seguramente un Faraón que no quería tales rigores, una Anneris que intercedió por los condenados, un Radamés generoso y magnánimo, y el coro sacerdotal se impuso levantando las manos consagradas y vibrantes de ira para pedir en nombre del Dios del Sinaí el fuego del castigo sin misericordia.

España, sin ese terrible coro, resultaría por lo menos un pueblo vivo; porque ahora no hay quien no vea que es un pueblo con catalepsia que pudiéramos llamar sagrada.

Clases privilegiadas, ejército, magistratura, clase media, proletariado, artistas... todos cometen errores, tienen pasiones, defectos, rutinas y aberraciones, pero también tienen brillantes cualidades, heroísmos, virtudes, rasgos generosos y altruistas.

Con todas esas gentes sí puede ir al progreso con lentitud ó celeridad, pero se anda, se mueve la mole social.

Los curas son lo mismo hoy aquí en España, que en Egipto en tiempo de los Faraones. Allí enterraban vivos á los hombres; aquí los quemarían en la Plaza Mayor y los quemarían, si Maura realiza sus ideales salvadores.

Se ha dicho que es cursi la célebre frase de Gambetta. Yo opino que es la única que hay que estar repitiendo á todas horas. Hay que suprimir, cueste lo que cueste, ese fatídico coro de bajos. Mientras suene, no hay redención posible. Querrá levantarse la voz de la Prensa pidiendo ilustraciones y libertades y se impondrá el tenebroso coro. Clamará el pueblo pidiendo pan y libros y maestros, y los bajos inexorables sonarán más contundentes. Hablará el sufragio universal para exacerbar la farsa conservadora y los sorchantres estentóreos conseguirán que no se oiga más que el *dies ire*, el piporro y la voz de Lacierva dando ukasses.

La salvación está en una silba descomunal á ese coro de becerros.

PEDRO CRESPO

Se nos ha querido imponer la tristeza de real orden mientras dure la campaña. Pero los católicos han celebrado sus fiestas como si tal cosa, con órgano, cánticos fúlbrosos.

romerías, bailes al aire libre y becerradas. Juntos andan en las columnas de la Prensa el predicador de tanda, el *Troni*, el santo del día, la comilona, el baile suelto y el baile «agarrao».

Por esto se nos manda ahora alegrarnos, también de real orden. Hay que seguir la pauta vaticanista del gobierno. Riámonos pues...

Quiebras del oficio

Bueno es el oficio de obispo, pero tiene sus quiebras. Que lo diga el de Adria de Denicales, príncipe eclesiástico romano, que, al empeñarse en trasladar su silla desde aquel punto á Rovigo, se vió injuriado y lapidado por sus feligreses, y si no es por los gendarmes, se queda para siempre sepultado bajo el montón de piedras y escupitinas con que le obsequió la multitud católica, apostólica romana.

Lo que no han hecho las turbas anarquistas en Barcelona, se han atrevido á realizar los buenos crayentes italianos. Y el gobierno de Víctor Manuel no ha procedido civil ni militarmente contra los piadosos atentadores; una carga de la gendarmería á casa.

Pero el Sumo Pontífice, indignadísimo, ha dispuesto castigar á los culpables, privándolos de misas, funerales, y otras ceremonias y sacramentos durante quince días seguidos.

¡Lo que padecerán los pobres! Probablemente no quedará ni uno para contarlos. ¡Verse privados de todo eso durante dos semanas! Yo no lo podría resistir...

LA IGLESIA SEDANTE

Parece imposible que aún haya quien pregunte la causa de nuestro aplanamiento nacional. La respuesta puede hallarla en la multitud de templos y curas que de una ojeada puede ver cualquiera en todas las ciudades de España.

El que hable de las heroicidades, las conquistas y, en una palabra, las energías de pasados tiempos monárquicos, será porque ignore que todo ello fueron actos de fuerza simplemente del poder real que manejaba á su gusto rebaños armados; en manera alguna virilidades nacionales, imposibles donde la Iglesia domina é impone por su conveniencia el derecho divino del monarca, porque es su aliado, su prisionero, que en nombre de ella, y por ella únicamente, ejerce el mando.

La Iglesia ha sido en donde quiera, y en todo tiempo, *semper et ubique*, un bemo, un deprimente y una rémora de todas las energías. Lleva en el corazón el principio sedante del providencialismo, de la humildad resignada y ovejuna y de la abominación de toda protesta. No se es católico sin la negación del propio sentimiento, de la propia iniciativa, de la voluntad, de la personalidad entera, estado individual éste, con el cual no se va á ninguna parte más que á ser cordeiro de la manada de un despota.

He ahí el secreto de la estrecha unión de los dominadores civiles con la Iglesia, lazo que nunca se habría roto si no hubiera pretendido ésta convertir igualmente en ovejas á los príncipes; así es en Rusia tan fuerte la tiranía, porque aquella Iglesia ha comprendido que no debe exigir de los zares más que lo prudente y posible. Con eso basta para que el pueblo vea un solo poder, y éste divino en ambas potestades reunidas.

Pero también, se nos dirá, las iglesias reformadas viven unidas á la monarquía sin ser elemento de ningún despotismo. Ciertamente; mas todas esas iglesias le deben su vida á la protesta y sólo á la protesta; la representan, la mantienen, y aunque en el fondo cristianas y en la forma tal vez demasado monárquicas, en Inglaterra y en alguna otra nación, educan al pueblo en otro concepto de la dignidad humana y de la independencia del pensamiento, muy distinto del concepto bajuno que predica y mantiene el catolicismo.

En Rusia, toda revolución será difícil, porque el pueblo tiene rebajadas sus iniciativas, empezando por las intelectuales; porque está no sólo acostumbrado, sino encarnizado con la tiranía del pensamiento y de la acción; porque el instinto de la veneración lo tiene demasiado poderoso en virtud de la constante influencia sugestiva de la Iglesia; y es lógico, es natural que resulte difícil en momentos dados atacar con la fuerza que las circunstancias precisan lo que siempre se ha estado venerando.

¿Qué pueblo del mundo ha hecho una verdadera revolución sin haberse divorciado antes de la Iglesia perdiendo así el instinto de la veneración á los de arriba? Ninguno. Inglaterra era ya protestante cuando realizó la revolución más admirable, génesis de otras muchas que luego fueron en el mundo. Si Francia no hubiera sido antes descatolizada por la Enciclopedia, no hubiera hecho su gigantesca revolución. Y si tan pequeña fué la de España en todas sus etapas, se debe á que no fué aquí posible la preparación intelectual que divorciase tanto al pueblo de la Iglesia como en Francia.

Desconocer esto, es no saber ni lo que es la Iglesia ni lo que somos los hombres. La Iglesia pudo, en los cuatro primeros siglos, crear una especie de nihilismo disolvente dentro del Imperio; empero fué un avance que podríamos llamar circunstancial y momentáneo; y si mucho ahondamos, no tardaremos en percatarnos de que con el mismo agente de la humildad, la sumisión, el providencialismo, el dolor santificado, el odio á la vida y á la naturaleza, y el desprecio á cuanto no fuera celestial, destruyó el Imperio, é hizo en adelante imposible todo progreso humano.

La Iglesia ha retrasado en más de diez siglos la marcha de la humanidad, ya deteniéndola en disputas teológicas pueriles, ya en guerras, también teológicas, desastrosas; dividiendo, dilacerando, destruyendo, y atenta siempre á no dejar que el espíritu humano evolucionara en el camino de la conquista de la naturaleza.

No hay descubrimiento que no se haya hecho á pesar suyo ó á sus espaldas. Y cómo se ha hecho? Pues protestando sus autores de las deficiencias de esta vida que la Iglesia manda aceptar resignadamente. Cada conquista significa una rebeldía, cada adelanto un avance herético de la razón y un desprecio del dogma. Los pueblos menos católicos, que son los más adelantados, ahí están para demostrarlo: todos los progresos se deben al espíritu de rebelión contra el principio católico; todas las tiranías al predominio de la Iglesia.

Quitadle á Rusia su ortodoxia hoy, y dentro de veinte años dejará de ser la ergástula que en estos momentos se revuelve por hambre más que por sugestiones del ideal é irritada por tantos latigazos.

¿Cómo empezó su clamoreo frente á la tiranía? Llevando ante sí un sacerdote con una cruz enarbolada y todo el pueblo de rodillas. La Iglesia contestó disparando contra la cruz y el sacerdote.

No hicieron tal los revolucionarios franceses en cuyas mentes ya no existía el virus católico de la veneración y de la humildad: he ahí el secreto. Que no pregunte nadie por qué el verdadero liberalismo es anticlerical y por qué la Iglesia no es ni puede ser liberal mientras sea católica según el principio teocrático de Roma: la antítesis que existe entre ese catolicismo y las naturales aspiraciones del hombre es irresoluble y puede expresarse así: el catolicismo como lo predica el papado, es inhumano: la humanidad, pues, ó él; porque ambos no caben ya en este mundo.

Asimismo no caben tampoco en el hombre; con la humanidad ó con la Iglesia.

JOSÉ FERRÁNDEZ

!Comparad!

A los chiquillos de catorce y dieciocho años que intervinieron en los sucesos de Barcelona, los católicos les llaman hordas salvajes, demagogos, bárbaros, bestiales, foragidos, criminales, ladrones, canalla soez...

¿Cómo llamaríamos á las tropas pontificias que incendiaron á Beziers, achicharrando á veinte mil católicos devotos del Papa, á quienes el Legado Pontificio hizo quemar para que no escapara algún hereje? Allí incendiaron templos, sagrarios, formas, imágenes, enfermos, niños de teta, mujeres en cinta, monjas, novicias, alumnas, frailes, canónigos...

Testigos de ello: los catalanes, con Monredón de Vich, gran maestre del Temple, y San Pedro Nolasco.

El inspirador del jefe de las turbas incendiarias reclutadas entre toda la chusma de bandidos de Europa, había sido San Raymundo de Peñafort, á quien los de Beziers no explotaban, ni corrompían, ni escarnecían.

SIEMPRE IGUAL

A los que dicen que la religión es inmutable, les contestaré que más lo son sus ministros.

Lean si lo dudan el siguiente canto compuesto por el trovador G. de Figueras y que traduce Villemain en la lección sexta de su *Cuadro de la literatura en la Edad Media*:

«Quiero hacer un *servente* en el tono que me es propio; no quiero aplazarlo. Sé que me malquistaré con alguien, porque hago un *servente* acerca de esos falsarios llenos de engaños, acerca de Roma, que es el jefe de la decadencia en que se pierde todo bien.

Roma, no me admiro si el mundo está sumido en el error, puesto que tú has puesto al siglo en trabajo y en guerra... Roma falaz, reina y raíz de todos los males...

Roma falaz; la codicia te extravía; esquilas demasiado á tus ovejas...

Roma, tú roes la carne y los huesos á los tontos, y conduces á los ciegos contigo á la fosa... Tu codicia es tan grande, que perdona los pecados por dinero.

Roma, en mal hora reinas; que Dios te arruine, porque tan falsamente reinas por el dinero.

Roma, sabemos muy bien que por medio del engaño de falsas indulgencias entregas-

te á la desgracia á los barones de Francia. Roma, haces poco daño á los Sarracenos; pero á los Latinos y á los Griegos los atacas á muerte. Roma, tu sitio es en el fuego del abismo.

Roma, yo distingo bien los males que no se pueden decir, porque tú haces por irritación el martirio de los cristianos. Pero ¿en qué libro encuentras tú, Roma, que se deba matar á los cristianos?

Roma, es tan grande tu maldad, que desprecias á Dios y á sus santos; todo tu reinado es malo, Roma falsa y engañadora...

Roma, muchas veces se ha oído decir que tienes la cabeza vacía, porque la haces trasquilarse con frecuencia; por esto creo que no te vendría mal un poco de seso, porque sois de mal gobierno tú y Citeaux, según la extraña carnicería que hicisteis en Beziers.

Roma, tú tienes tus redes con tus atractivos engañosos... Tienes aspecto de cordeiro; por dentro eres símbolo rabioso, serpiente coronada, engendrada por víboras; por esto el diablo te llama su criatura.

Pasan los siglos, y los que se ocupan hoy de la Roma Vaticana le aplican iguales conceptos que el autor de ese *servente*.

¿Qué prueba esto? Lo inmutable de sus propósitos y de su conducta.

¡Hienas escarbando

La Junta Diocesana de Barcelona conjuró á los fieles á descubrir, delatar y perseguir de muerte á los autores de los incendios.

Les sirvió de ejemplo Jesucristo, cuando dijo á sus asesinos á sangre fría y á quienes él no pagaba contribución:

«Perdónales, que creen cumplir con su deber y no saben lo que hacen.»

En esto les conoceréis.

Lecciones de la Historia

Seguidamente á la cruzada contra los albigenses, comenzó en Francia la labor de la inquisición religiosa. Un monje alemán dejó atrás á los inquisidores franceses: Conrado de Marburgo. Llevó su celo hasta el frenesí; hasta el clero católico se horrorizó, y el arzobispo de Maguncia lo denunció al Papa: «Maese Conrado, dice el prelado, animado por el ardor de la fe, y deseando confundir la herejía de los *pobres de Lyon* procedió contra los herejes mediante el testimonio de los cómplices, en ausencia de los culpables. El acusado no tenía más que una alternativa: ó confesar para vivir, ó ser quemado inmediatamente si sostenía su inocencia. Hubo una mujer, una vagabunda, que fingió ser hereje, y que luego se ofreció á revelar los nombres de los sectarios ocultos, comenzando por denunciar á los parientes y amigos que la habían rechazado. Estas criminales acusaciones iban siempre seguidas de una sentencia de muerte; las denuncias fueron subiendo de los villanos á la clase media, y de éstas á los castellanos y condes. El maestro no permitía defenderse á ningún acusado, cualquiera que fuese su posición, prefiriendo los débiles mentir á ser quemados; los católicos sinceros preferían ser quemados á confesar vergonzosos crímenes de que estaban inocentes; y ¡si su inocencia era real, Conrado les prometía la gloria del martirio!

Pero si á los cobardes les era fácil escapar con vida, necesitaban nombrar cómplices que no tenían, los detenidos, en su candida ingenuidad, decían: «No sabemos á quién acusar; citadnos nombres que os sean sospechosos.» Entonces el inquisidor les nombraba tales condes ó tales condesas, y los desgraciados se apresuraban á responder: «esos son tan culpables como nosotros.»

Yo, arzobispo de Maguncia, en primer lugar solo y después de acuerdo con los arzobispos de Colonia y de Tréveris, hemos llamado á maese Conrado á la moderación y no ha escuchado nuestra advertencia y ha predicado la cruzada contra los herejes, acabando por ser asesinado. Hemos examinado á los acusados que viven todavía, y los hemos encontrado inocentes. Preguntamos á la Santa Sede qué hemos de hacer con los muertos.» El Romano Pontífice continuó honrando á maese Conrado como digno apóstol de la palabra de Dios.

Después de esto, tan singularmente atroz, el abate Robrancher se atrevió á justificar la inquisición «como una institución natural y necesaria, sostén del orden social.»

Entre las varias ocupaciones que ha tenido el Príncipe de Mónaco en su viaje por España, la más característica ha sido la de visitar cavernas.

Hay muchas en nuestra nación, y de seguro no habrá podido penetrar en todas, aunque el padre Carballo, director de los Salesianos, le haya servido de *cicerone* y dado cuenta de una, descubierta recientemente.

Las cavernas más notables y más dignas de estudio son ahora monasterios y conventos, donde viven los modernos trogloditas, refractarios á la civilización y á la luz.

Tolosa.—Convento Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Colegio San José.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Siervas de Jesús.—Idem.
Idem.—Casa de Beneficencia.—Idem.
Azpeitia.—Convento de la Purísima Concepción.—Franciscanas.
Idem.—Siervas de María.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Casa-Misericordia.—Idem.
Beasain.—Hospital y Asilo.—Idem.
Alza.—Convento de Nuestra Señora de la Asunción.—Agustinas.
Andoain.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Astigarraga.—Convento de San Bartolomé.—Agustinas.
Azcoitia.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Convento Santa Cruz.—Brigidas.
Idem.—Convento de Alefbar.—Carmelitas.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Segura.—Convento de la Purísima Concepción.—Franciscanas.
Escoriaza.—Convento de Santa Ana.—Mercenarias.
Fuenterrabía.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.

Lázcano.—Convento Calle Puente abajo, 40.—Bernardas.
Hernani.—Convento Calle Mayor, 57.—Agustinas.
Idem.—Convento Barrio Lasarte.—Brigiditas.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Irún.—Convento Siervas de Jesús.—Idem.
Idem.—Convento Siervas de María.—Idem.
Idem.—Hospital y Asilo.—Idem.
Oñate.—Convento Santísima Trinidad.—Franciscanas.
Idem.—Convento de Santa Ana.—Idem.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Pasajes.—Hospital y Asilo.—Idem.
San Sebastián.—Convento Santa Teresa.—Carmelitas.
Idem.—Convento Compañía de María.—Benedictinas.
Idem.—Convento de María Reparadora.—Compañía de Jesús.
Idem.—Convento de Jesús, María y José.—Concepcionistas.
Idem.—Colegio de Notre Dame.—Agustinas.
Idem.—Convento Santo Domingo.—Dominicas.
Idem.—Asilo de San José.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Siervas de María.—Idem.
Idem.—Hospital de San Antonio Abad.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Asilo de San José.—Idem.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermanitas de los Pobres.
Idem.—Casa de Misericordia.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Asilo de María.—Idem.
Idem.—Cárcel Correccional.—Idem.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Placencia.—Convento de las Mercedes.—Mercenarias.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Rentería.—Convento de San Agustín.—Agustinas.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Mondragón.—Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de la Calle Iturriz, 33.—Agustinas.
Idem.—Convento de la Calle Zarugado, 19.—Franciscanas.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Motrico.—Convento Santa Catalina.—Agustinas.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Elgoibar.—Convento Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Convento Garagarza de Mendaro.—Agustinas.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Vergara.—Convento de la Trinidad.—Franciscanas.
Idem.—Convento de la Soledad.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Siervas de María.—Idem.
Idem.—Hospital y Asilo.—Idem.
Villarreal.—Hijas de San Vicente de Paúl.—Idem.
Zarautz.—Convento Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Hospital y Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Zumaya.—Convento San José.—Carmelitas.
Idem.—Colegio de María y José.—Hermanas de la Caridad.
Eibar.—Convento de Isasi.—Franciscanas.
Idem.—Convento María Manuela.—Agustinas.

Provincia de Vizcaya

FRAILES

Bilbao.—Convento del Corazón de María.—Misioneros.
Idem.—Casa-Residencia.—Jesuitas.
Idem.—Casa-Colegio.—Escapios.
Idem.—Convento de Capuchinos.—Franciscanos.
Idem.—Patronato de Obreros.—Hermanos de la Doctrina Cristiana.
Idem.—Casa-Colegio.—Agustinos.
Idem.—Colegio de Santiago Apóstol.—Hermanos de la Doctrina Cristiana.
Baracaldo.—Casa-Colegio.—Salesianos.
Begoña.—Convento de Santa Mónica.—Agustinos.
Idem.—Convento de Carmelitas.—Carmelitas.
Bermeo.—Casa-Convento.—Franciscanos.
Deusto.—Colegio de estudios superiores.—Jesuitas.
Idem.—Convento de Pasionistas.—Pasionistas.
Idem.—Escuelas de la Doctrina Cristiana.—Hermanos de la Doctrina Cristiana.
Guecho.—Casa-Convento.—Trinitarios.
Durango.—Casa-Colegio.—Jesuitas.
Echano.—Convento de Larrea.—Carmelitas.
Lequeitio.—Convento de Dominicos.—Dominicos.
Marquina.—Convento del Carmen.—Carmelitas.

Foria.—Casa-Convento.—Trinitarios.
Guernica.—Casa-Colegio.—Agustinos.
Orduña.—Casa-Convento de la Antigua.—Jesuitas.
Valmaseda.—Colegio de Misioneros.—Hijos del Inmaculado Corazón de María.

MONJAS Y HERMANAS

Bilbao.—Casa-Cuna.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de la Merced.—Mercenarias.
Idem.—Casa-Residencia de La Naja.—Siervas de Jesús.
Idem.—Convento de la Concepción.—Franciscanas.
Idem.—Asilo de Huérfanos.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Colegio de la Sagrada Familia.—Concepcionistas.
Idem.—Casa-Residencia.—Esperancinas.
Idem.—Casa-Colegio.—Carmelitas.
Idem.—Casa-Asilo.—Hermanitas de los Pobres.
Idem.—Hospital civil.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Casa de Expósitos.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Colegio de la Ronda.—Hijas de la Cruz.
Idem.—Convento de la Cruz.—Franciscanas.
Idem.—Convento de la Esperanza.—Agustinas.
Idem.—Convento de las Esclavas.—Esclavas del Corazón de Jesús.
Idem.—Residencia de Monjas Italianas.—Inmaculado Corazón de María.
Idem.—Asilo de la Inmaculada.—Concepcionistas.
Idem.—Asilo de San Mamés.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Colegio Urazurritia.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Colegio del Sagrado Corazón.—Sagrado Corazón de Jesús.
Idem.—Convento de la Encarnación.—Dominicas.
Idem.—Colegio de la Divina Pastora.—Carmelitas.
San Salvador del Valle.—Hospital Minero de Matamoros.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Asilo de San Fernando.—Hermanas de la Caridad.
Santurce.—Hospital-Asilo.—Idem.
Idem.—Casa-Colegio.—Hijas de la Cruz.
Bermeo.—Manicomio Provincial.—Hermanas de la Caridad.
Begoña.—Convento de Adoratrices.—Adoratrices.
Idem.—Convento de Santa Mónica.—Agustinas.
Idem.—Colegio del Refugio.—Hijas de la Cruz.
Idem.—Convento de Santa Teresa.—Carmelitas.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Hospital-Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Valmaseda.—Colegio de la Cruz.—Hijas de la Cruz.
Idem.—Hospital-Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Verriz.—Convento de la Vera Cruz.—Mercenarias.
Villaro.—Convento de Santa Isabel.—Franciscanas.
Zalla.—Colegio de Nuestra Señora de Loreto.—Bienaventurada Virgen María.
Abanto y Ciérvana.—Hospital Minero de Triano.—Siervas de Jesús.
Ajánguiz.—Convento de la Merced.—Mercenarias.
Baracaldo.—Asilo de Altos Hornos.—Hermanas de la Caridad.
Undaca.—Hospital-Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Orduña.—Colegio de la Compañía de María.—Hijas de María.
Idem.—Hospital Civil.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Portugalete.—Convento de Santa Clara.—Franciscanas.
Idem.—Casa-Residencia.—Siervas de María.
Idem.—Colegio del Carmen.—Carmelitas.
Guernica y Luno.—Convento de Clarisas.—Franciscanas.
Idem.—Asilo Calzada.—Hermanas de la Caridad.
Lequeitio.—Colegio de San José.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Santo Domingo.—Dominicas.
Idem.—Hospicio-Uribarren.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Hospital Abaroa.—Idem.
Marquina.—Convento de San José.—Carmelitas.
Idem.—Convento de la Merced.—Mercenarias.
Durango.—Convento de Santa Susana.—Agustinas.
Idem.—Casa-Colegio de Carsiciaga.—Franciscanas.
Idem.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Elorrio.—Hospital-Asilo.—Idem.
Idem.—Convento de Santo Domingo.—Dominicas.

Orozco.—Convento de Iparra.—Mercenarias.
Carranza.—Hospital-Asilo.—Siervas de Jesús.
Deusto.—Colegio de Sordo-Mudos.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Colegio del Carmen.—Carmelitas.
Gordejuela.—Convento de Santa Isabel.—Franciscanas.
Idem.—Hospital-Asilo.—Hermanas de la Caridad.
Guecho.—Colegio de la Caridad.—Idem.
Idem.—Colegio de la Divina Pastora.—Carmelitas.
Idem.—Hospital-Hospicio.—Hermanas de la Caridad.
Güeñes.—Colegio de la Purísima.—Idem.

Provincia de Navarra

FRAILES

Pamplona.—San Fermín de Aldapa.—Corazonistas.
Idem.—Escuelas Pías.—Escapios.
Idem.—Noviciado de Capuchinos.—Capuchinos.
Idem.—Convento de Descalzos.—Carmelitas.
Idem.—Basílica de San Ignacio.—Redentoristas.
Javier.—Castillo de San Francisco Javier.—Jesuitas.
Marcella.—Colegio de Misioneros.—Agustinos.
Estella.—Escuelas Pías.—Escapios.
Idem.—Convento de Capuchinos.—Capuchinos.
Villafranca.—Noviciado de Corazonistas.—Corazonistas.
Monteagudo.—Convento de Agustinos.—Agustinos.
Olite.—Convento de Franciscanos.—Franciscanos.
Vera.—Escuelas Pías.—Escapios.
Puente la Reina.—Colegio de Agustinos.—Agustinos.
Sangüesa.—Convento de San Francisco.—Capuchinos.
Tafalla.—Escuelas Pías.—Escapios.
Tudela.—Oratorio de San Felipe Neri.—Filipenses.
Idem.—San Francisco Javier.—Jesuitas.
Idem.—Convento de Capuchinos.—Capuchinos.
Corella.—Nuestra Señora del Villar.—Pasionistas.
Idem.—Nuestra Señora del Carmen.—Carmelitas.
Ayegui.—Monasterio de Irache.—Escapios.
Baztán.—Colegio de Lecároz.—Capuchinas.
Beire.—Convento de los Sagrados Corazones.—Corazonistas.

MONJAS Y HERMANAS

Pamplona.—Convento de Adoratrices.—Adoratrices.
Idem.—Convento de San Pedro.—Agustinas.
Idem.—Casa de Maternidad.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Hospital Provincial.—Idem.
Idem.—Convento de las Descalzas.—Carmelitas.
Idem.—Convento de Recoletas.—Recoletas.
Idem.—Casa de Misericordia.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Casa-Residencia.—Siervas de María.
Idem.—Asilo de San Vicente de Paúl.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Asilo de Ancianos.—Hermanitas de los Pobres.
Idem.—Convento de Ursulinas.—Ursulinas.
Idem.—Convento de Josefinas.—Josefinas.
Idem.—Idem.—Franciscanas.
Idem.—Convento de las Salesas.—Salesas.
Idem.—Convento de Beatas.—Dominicas.
Muruzabal.—Colegio de Religiosas.—Hermanas de la Caridad.
Olite.—Hospital.—Idem.
Idem.—Convento Santa Clara.—Franciscanas.
Villafranca.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Larraun.—Santísima Trinidad.—Agustinas.
Idem.—Casa-Escuela.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Monjas.—Clarisas.
Lesaca.—Convento de Descalzas.—Carmelitas.
Losarcos.—Convento de Monjas.—Recoletas.
Idem.—Convento de Huérfanos.—Hermanas de la Caridad.
Lumbier.—Hospital.—Idem.
Idem.—Convento de Benitas.—Benedictinas.
Corella.—Convento de San Benito.—Benedictinas.
Idem.—Convento de las Descalzas.—Carmelitas.
Idem.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Falces.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Fitero.—Idem.—Idem.

Estella.—Convento de Santa Clara.—Clarisas.
Idem.—Convento de San Benito.—Benedictinas.
Idem.—Convento de Recoletas.—Recoletas.
Allo.—Hospital.—Hermanas de Santa Ana.
Arguedas.—Idem.—Hermanas de la Caridad.
Artajona.—Idem.—Idem.
Barbarin.—Idem.—Idem.
Baztán.—Convento de Monjas.—Franciscanas.
Idem.—Casa de Misericordia.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Lecároz.—Recoletas.
Cascante.—Casa de Misericordia.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Monjas.—Carmelitas.
Cintruénigo.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Tulebras.—Convento de Monjas.—Bernardas.
Vera.—Colegio de Niñas.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Casa de Misericordia.—Idem.
Viana.—Hospital.—Idem.
Villaba.—Convento de Monjas.—Dominicas.
Tudela.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Casa de Misericordia.—Idem.
Idem.—Convento de Enseñanza.—Hijas de Nuestra Señora.
Idem.—Convento de Dominicas.—Dominicas.
Idem.—Casa-Residencia.—Siervas de María.
Idem.—Convento de Capuchinas.—Capuchinas.
Idem.—Convento de Claras.—Clarisas.
Peralta.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Puente la Reina.—Convento de Monjas.—Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús.
Idem.—Idem.—Agustinas.
Idem.—Hospital.—Hermanas de Santa Ana.
Sangüesa.—Convento de San Salvador.—Agustinas.
Idem.—Hospital.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Convento de Enseñanza.—Idem.
Tafalla.—Hospital.—Idem.
Idem.—Convento de Recoletas.—Recoletas.
Idem.—Asilo de Pobres.—Hermanitas de los Pobres.
Idem.—Hijas de la Cruz.—Franciscanas.

Provincia de Avila

FRAILES

Avila.—Convento de Santa Teresa.—Carmelitas.
Idem.—Colegio de Santo Tomás.—Dominicos.
Idem.—Convento de San Antonio.—Franciscanos.
Idem.—Convento de San Vicente de Paúl.—Paúles.
Arenas de San Pedro.—Convento de San Pedro Alcántara.—Franciscanos.

MONJAS Y HERMANAS

Avila.—Convento de Santa María de Gracia.—Agustinas.
Idem.—Convento de las Nieves.—Esclavas del Sagrado Corazón.
Idem.—Convento de la Encarnación.—Carmelitas.
Idem.—Convento de Mosen Rubi.—Dominicas.
Idem.—Instituto de María Reparadora.—Reparadoras.
Idem.—Casa-Residencia.—Siervas de María.
Idem.—Casa-Colegio.—Adoratrices.
Idem.—Convento de la Purísima Concepción.—Franciscanas.
Idem.—Convento de San José.—Carmelitas.
Idem.—Convento de Santa María de Jesús.—Clarisas.
Idem.—Real Monasterio de Santa Ana.—Cistercienses.
Idem.—Casa de Misericordia.—Hermanas de la Caridad.
Idem.—Hospital Provincial.—Idem.
Idem.—Casa-Inclusa.—Idem.
Tiñosillos.—Convento de Nuestra Señora de los Angeles.—Trapenses.
Barco de Avila (El).—Hospital de San Miguel.—Divina Pastora.
Arévalo.—Hospital de San Miguel.—Siervas de María.
Idem.—Convento de Santa Isabel.—Franciscanas.
Idem.—Convento de Santa María del Real.—Cistercienses.
Idem.—Colegio de Santa Teresa.—Hijas de Jesús.
Fontineros.—Convento del Carmen.—Carmelitas.
Madrigal de las Torres.—Convento de Santa María de Gracia.—Agustinas.
Piedrahita.—Convento de Carmelitas.—Carmelitas.
Becedas.—Colegio de Santa Teresa.—Carmelitas.

Organizaciones obreras católicas

Provincia de Tarragona

Dos Amigos.—Almóster.
Centro Moral.—Amóster.
Centro obrero.—Cambrils.
Centro católico.—Cambrils.
Sindicato Pesquero.—Cambrils.
Socorros Mutuos.—Cambrils.
Cooperativa obrera.—Cambrils.
«La Caridad».—Cambrils.
Centro católico.—Falses.
Sociedad obrera.—García.
Sociedad caminera.—Pont de Cabacés.
Cooperativa del Patronato obrero.—Reus.
Círculo católico.—Roquetas.
Gremio de San Antonio Abad.—Roquetas.
«La Unión» de Marineros.—San Carlos de la Rápita.
Centro católico.—Santa Coloma.
Socorros Mutuos.—Tivissa.
Sindicato de labrad. res.—Tortosa.
Total, 18 en 1907.

Provincia de Gerona

Círculo católico.—Gerona.
Círculo Moral.—Gerona.
Círculo católico.—Olot.
Círculo católico de obreros.—Olot.
Círculo católico de obreros.—San Juan de las Abadesas.
Total, 5 en 1907.

Provincia de Alava

Asociación católica de obreros.—Vitoria.
Centro de obreros católicos.—Vitoria.
Total, 2 en 1907.

Provincia de Guipúzcoa

Obreros católicos del Corazón de María.—San Sebastián.
Obreros católicos del Corazón de María.—Azoitia.
Patriarca San José.—Deva.
Centro católico obrero.—Elgoibar.
Sociedad de Socorros.—Lazcano.
San Antonio Abad.—Motrico.
San Esteban Protomártir.—Oyázun.
Círculo católico de obreros.—Placencia.
Sociedad de obreros católicos.—Rentería.
Sociedad de San Roque.—Tolosa.
La Tolosana.—Tolosa.
San Antonio Abad.—Tolosa.
La Casualidad.—Tolosa.
Círculo obrero de San Juan Bautista.—Tolosa.
Centro obrero Vegalés.—Vergara.
Patriarca San José.—Zumaya.
Total, 16 en 1907.

Provincia de Vizcaya

Asociación de empleados de oficinas.—Bilbao.
Academia literaria de San José.—Bilbao.
Gremio de carboneros.—Bilbao.
Gremio de empleados en maderas.—Bilbao.
Gremio de electricistas.—Bilbao.
Gremio de traperos.—Bilbao.
Gremio de torneros.—Bilbao.
Gremio de oficinistas comerciales.—Bilbao.
Gremio de embaladores de bacalao.—Bilbao.
Gremio de empleados de oficinas.—Bilbao.
Sociedad de cuchilladores.—Bilbao.
Socorros Mutuos.—Bilbao.
Obreros católicos.—Bilbao.
Obreros canteros.—Bilbao.
Academia de San Vicente de Paúl.—Bilbao.
Obreros moldeadores.—Bilbao.
Forjadores y martilladores.—Bilbao.
Obreros mecánicos.—Bilbao.
Obreros marmolistas.—Bilbao.
Obreros tipógrafos.—Bilbao.
Obreros carpinteros.—Bilbao.
Obreros electricistas.—Bilbao.
Cooperativa de San Vicente de Paúl.—Bilbao.
La Nobleza, Socorros.—Bilbao.
La Chocollatera.—Bilbao.
Centro católico obrero.—Baracaldo.
Socorros Mutuos de San Vicente.—Begoña.
Patronato de San Vicente de Paúl.—Begoña.
Academia gramatical.—Begoña.
Academia musical.—Begoña.
Academia literaria.—Begoña.
Fogoneros mecánicos.—Bermeo.
Gremio de labradores.—Bermeo.
Gremio de ebanistas.—Bermeo.
Unión de capataces de minas.—Ciérvana.
Círculo católico de San José.—Deusto.
Unión obrera.—Deusto.
Patronato de San Vicente de Paúl.—Deusto.
Socorros Mutuos de San Vicente de Paúl.—Durango.
Socorros Mutuos.—Erandio.
Socorros Mutuos.—Guecho.
Obreros salineros.—Guecho.
Obreros carpinteros de San José.—Guecho.
Albañiles de San Serafín.—Guecho.
«La Sobriedad» de vinateros.—Guecho.
Labradores.—Murguía.
Artística Musical.—Murguía.
Socorros Mutuos de San Vicente de Paúl.—Portugalete.

Socorros Mutuos.—San Miguel de Basauri.
La Unión.—San Miguel de Basauri.
San Vicente de Paúl.—San Miguel de Basauri.
San José.—San Miguel de Basauri.
Socorros Mutuos de San Vicente de Paúl.—San Miguel de Basauri.
Capataces de minas.—San Salvador del Valle.
Asociación obrera de León XIII.—San Salvador del Valle.
Capataces de minas.—Santurce.
Centro de cultura.—Santurce.
Centro católico obrero.—Santurce.
Total, 59 en 1907.

(Nota. De casi todas las organizaciones que llevan simplemente el nombre del oficio, existen sociedades de resistencia ¡No hay que confundir!)

Provincia de Navarra

Protectora obrera.—Pamplona.
Centro escolar dominical obrero.—Pamplona.
Gremio de eurtidores.—Estella.
Círculo católico de obreros.—Estella.
Sociedad de carpinteros.—Estella.
Socorros Mutuos.—Obanos.
Círculo católico de obreros.—Peralta.
Centro católico.—Sangüesa.
Total, 8 en 1907.

Provincia de Avila

Centro católico obrero
Total, 1.

Progreso evidente

Fué una nota simpática aquella de invitar a los ocupantes a que abandonaran los conventos antes de prenderle fuego. Es algo humano, noble, nuevo, que aminora algún tanto el deseo de execrar a los incendiarios. Es una página arrancada, no de la Biblia, donde se quemó y asesina a menudo con mucha rabia y complacencia, sino de algún libro no publicado todavía, y quizás ni escrito. No obraban así, no, los católicos carlistas en la última guerra. Cuando llegaban a una población y se encontraban con que los liberales se habían hecho fuertes en una iglesia, no se andaban con escrúpulos: cañonazos, gabillas de leña, petróleo, todo lo utilizaban contra el edificio sagrado. Y cristos, vírgenes, santos, objetos de culto, todo era sin piedad entregado a las llamas. Y fusilados después de rendidos bajo palabra de honor los liberales, claro es.

Mire cada cual la cuestión desde el punto de vista que le convenga, no podrá nadie negar que lo ocurrido en Barcelona con las iglesias y los conventos, acusa un progreso hermoso y consolador en las costumbres revolucionarias.

El año 1835 se degollaba a los frailes o se les lanzaba al espacio desde las ventanillas; ahora sólo se han quemado los edificios, pero invitando antes cortestemente a salir a sus moradores.

Me felicito de esta diferencia que ahorra sangre y lágrimas.

La muerte de un santo condenado

Lector: ¿has oído hablar de la compañía de Jesús? Te diré quiénes son sus compañeros en la hora suprema: Judas, Barrabás y los sayones. Como Jesús no ha cambiado, su compañía tampoco.

La otra compañía de los apóstoles, no es compañía, sino camarilla; le acompañan a la hora de comer, en las bodas, bautizos y chirinolas; cuando vienen las mal dadas le abandonan.

De estos camaradas hubo uno que se pasó de la compañía: Judas. De los compañeros hubo uno que se pasó a la camarilla: el Centurión.

Arrepentido de sus pecados, y mal compañero de Jesús, el P. Tyrrell se convirtió al Modernismo. Era el lo mejor que tenía la compañía de sayones.

El P. Tyrrell ha muerto santamente, negándose a recibir los sacramentos de la Iglesia, excomulgada por Cristo, según consta en el Evangelio.

El Papa, como padre misericordioso, habría deseado verle morir como un perro y llevado del diablo, como cuentan que murió Su Santidad Alejandro VI, a quien el señor Guisasa debe el arzobispado de Valencia.

Los católicos, que cada día fían menos en la santidad del Vaticano y más en los contrarios, lejos de tratar perversamente al padre Tyrrell, se portaron como cristianos. A su muerte y entierro, escandalosos para Roma y ejemplares para los otros, asistieron la Condesa Salmei-Hugel, el noble William Gibson, la ilustre Raph Clutton, la familia Robert Dell y el viejo obispo católico Vernon Herford. Dijo la oración fúnebre el abate Bremond.

¡Bendecido de Dios y de los hombres y con la maldición Apostólica! Así murió Jesucristo, el gran excomulgado por todos los excomulgadores: excomulgado de la Iglesia, de la patria y del planeta, y bendecido sólo de la Magdalena.

El propio clero italiano, que por ser de la familia aporta un testimonio excepcional, proclama la santidad del P. Tyrrell en la siguiente esquela funeral que hallamos en la honrada revista *Bataglie d'Oggi*. He aquí el texto:

«Impresionada por la prematura muerte del grande e integerrimo apóstol de la reforma religiosa, Jorge Tyrrell, la redacción de la revista se une al duelo universal y a las oraciones de cuantos pidan a Dios el premio merecido por el escogido apóstol, con sus fatigas apostólicas y con sus luchas, persecuciones padecidas por la verdad; por haber propagado en la Iglesia el desinterés, la pureza, la santidad y el espíritu democrático, único que puede hacerla revivir y triunfar en la conquista del alma popular.»

Suponemos que no será la Iglesia la conquistadora, sino la conquistada. Pío X y Merry del Val son nuestros mejores auxiliares en esta empresa, precisamente por lo que dice la revista, a saber: porque persiguiendo a los buenos, demuestran al pueblo que la Iglesia vive «de la rapacidad, de la impureza, de la iniquidad y de la tiranía despótica», declaradas inviolables.

Será de ver la esquela funeral que *Bataglie d'Oggi* publicará a la muerte del reverendo José Sarto y de fray Merry del Val.

Si el mismo clero italiano canoniza a los excomulgados del Papa, ¿a dónde vamos a parar?

El continuador del libro de Carbonero y Sol, *Fin funesto de los perseguidores de la Iglesia*, escribirá un capítulo con este epígrafe:

«Mala vida y peor muerte de los despotas y... Compañía.»

La Iglesia filipina proclamó santo a Rizal. Los alemanes han proclamado a Schell. Los yanquis ahora proclaman a Tyrrell. Los españoles a Verdaguier.

Esto se pone en punto de caramelo...

Los de ayer y los de hoy

¡Pobre San Pablo si volviera por este planeta! ¡No era poco lo que iba a rabiar!

¿A que no saben ustedes cómo quería que fuesen los obispos? Oigámosle en su Epístola a Tito:

«...porque es necesario que el obispo sea sin crimen, como que es el economo de Dios; no soberbio, ni iracundo; no dado al vino, no violento, no codicioso de torpes ganancias; sino amigo de hospitalidad, benigno, sobrio, justo, santo, continente.»

O San Pablo era un bromista formidable, o los curas de entonces no se parecían a los de épocas posteriores, cuando se podía encontrar entre ellos alguno que reuniese las condiciones que el amigo Pablo exigía a los obispos.

¡Aunque vaya usted a saber! Acaso le es cribiera a Tito en sentido irónico.

La ira de Dios, en forma de chispa, cayó sobre Nuestra Señora de Cavaragio, en Milán, y consumió el templo.

Aquí de los profetas Isaías y Jeremías: «¡El Señor prevalecerá entre vosotros! Sus enemigos perecerán entre serpientes de fuego...»

Y la redacción de EL MOTIN, como si tal cosa.

Hace muchos años que tengo estereotipada la muletilla.

EL PATRIOTISMO

Si alguien supusiera en mí falta de honradez o de veracidad, sus palabras me herirían en lo vivo; pero si dijese que no soy patriota, le oíría impasible. «¿Es que usted no ama a su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento total de las pretensiones populares después de la decadencia del feudalismo había emancipado a las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pudiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando se prohibió la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban veinte millones para emancipar a los esclavos en las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una

escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas a los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio.

Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en estos últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como Inglaterra ha adquirido sobre ochenta posesiones—establecimientos, colonias, protectorados—no puede ser motivo de satisfacción. El tránsito de los misioneros a los agentes residentes, luego a funcionarios que capitaneaban fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían a someterse, y, por último, a la llamada «pacificación», este proceso, decimos, de anexión, ya gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia India y la Basutolandia, declarada colonia británica, con tan poco respeto a la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despierta sentimientos de simpatía hacia sus autores.

El amor a la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, después de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al jefed a recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó a administrar aquellos territorios en nombre de la reina y del jefed, es decir, que realmente no los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las Colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto para una guerra asoladora.

Ni estimo digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada a un jefe filibustero, o en la concesión de los honores universitarios a un archi-conspirador, o en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquellos que se oponen a los planes de agresión.

Si porque mi amor a mi país no sobrevive a estas y otras experiencias contrarias, me motejan de antipatriota, perfectamente; acepto gustoso el epíteto. El grito «¡con nuestra patria, tenga razón o no!», lo juzgo detestable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expresa parece legítimo; pero quitándole la máscara, se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento en aquel grito se ajustan a la equidad. Puede, en efecto, sostenerse que la propia defensa, no sólo está justificada, sino que es un deber.

Supongamos ahora, por el contrario, que nuestro país es el agresor; que nos apoderamos de territorios ajenos, u obligamos por las armas a una nación a recibir productos que no necesita, o apoyamos a algún agente para que castigue a los que se han limitado a aplicar la ley del talión.

Supongamos que hacemos algo que, por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Qué querrá decir entonces «con nuestra patria, tenga razón o no»? El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no es suya, sino nuestra. ¿Cómo, pues, traducir el grito mal llamado patriótico? Evidentemente de esta manera: ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se estima el colmo de la maldad.

Existía entre nuestros antepasados, y aún existe en muchas personas, la creencia en el principio personificado del mal; la creencia en un ser que recorre incesantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando al triunfo de los malos. ¿Pueden sintetizarse mejor las aspiraciones de este ser que con la frase ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! ¿Les gusta el paralelo a nuestros pseudopatriotas?

Hace algunos años se me presentó ocasión de expresar mis sentimientos—de antipatrióticos sin duda serán calificados—en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afganistán cuando, persiguiendo lo que creíamos «nuestro interés», invadimos aquella comarca. De pronto se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido—entonces capitán y hoy general—me leyó el telegrama que daba la noticia, revelando en su acento que esperaba verme participar de su ansiedad. Mi contestación le dejó absorto. «Cuando los hombres, dije, alquilan sus brazos para matar a otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se disponen a servir es justa, no me importa que ellos sean las víctimas.»

Preveo la objeción que va a hacerse. Si se acepta ese principio, no es posible que haya ejército: el Gobierno quedará indefenso. No puede permitirse a los soldados que juzguen de la razón con que la batalla se empeña. Si tal se hiciese, destruida la organización militar, el país sería presa del primer invasor.

No tan de prisa, replicaré. En una guerra de defensa nacional, el ejército sería tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su causa. No se comprometería a esparcir la muerte entre hombres que no sabía si peleaban con razón o sin ella, sino entre hombres que eran reos de agresión manifiesta contra el

mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia a la guerra agresiva, sino a la defensiva.

Puede decirse, naturalmente, y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva no hay guerra defensiva. Es claro, sin embargo, que una nación puede limitarse a la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por tanto, el principio es válido.

Pero aquellos cuyo grito es: «con nuestra patria, tenga razón o no», y que agregarían a las ochenta y pico de posesiones incorporadas, otras adquiridas por iguales medios, verán con disgusto esta restricción de la acción militar. Para ellos no hay locura más grande que practicar el lunes las máximas que se profesan el domingo.

HERBERT SPENCER

(Hechos y comentarios.)

La Gaceta del Infierno

En la Gaceta del Infierno, llamado *Index expurgatorio*, ha aparecido el nombramiento de unos cuantos condenados.

Son los sabios eclesiásticos José Turmel, Guillermo Herzog, Rómulo Murri, Fortunato Russo, Sostene Gelli, el abate Lefranc y Juan Bonnefoy, todos los cuales van a figurar en la galería de hombres ilustres, entre Zola, Pascal, Voltaire, Descartes, Rousseau, Newton, Laplace, Darwin y los diez mil condenados del escalafón eclesiástico.

Está visto que el Papa recibió de Cristo la llave de las puertas del cielo, y del diablo las de la puerta del Infierno; con la misma facilidad abre unas y otras. En el desayuno hace un santo oficial; en el almuerzo hace un condenado.

Lo que dirán estos condenados:

«Deliciosísimo Padre: háganos el favor de condenarnos con Datán y Abirón, y déjenos divertirnos; no se le ocurra canonizarnos a la moda de Juana de Arco, quemada viva por el obispo jefe de las turbas católicas en comunión con un antecesor vuestro.

León XIII borró del Índice varios libros mal condenados. Pío X canoniza los herejes oficiales del siglo XIV.

Está visto: la Iglesia no sabe lo que se condena ni lo que se canoniza.

EL IRIS DE PAZ

En mi poder, y a disposición de los ineréduos, guardo el número 644 (año XXXVI, volumen I), del semanario religioso ilustrado «El Iris de Paz», órgano oficial de los Congresos marianos.

Este «Iris de Paz», como verá el lector más adelante, practica el aforismo «Si vis pacem...» Y precisamente por eso, por querer la paz, prepara muy prudentemente la guerra.

Yo no sé si los manes del obispo Acuña presidirán la redacción del «Iris», que está escrito por PP. Misioneros Hijos del Corazón de María. Acaso el número este que, bajo sobre, me han enviado, sea un «pamphlet», y el propósito, al remitírmelo, una artimaña. Todo es creíble en estos tiempos. Pero, en fin... Así como ha habido periódicos que, a través de medio siglo anarquista—desde Alejandro Herzen a Bakunin—se han puesto las manos en la cabeza porque en cierta casa había cierta estampa alegórica de la anarquía, así nosotros, a través de otro medio siglo de religiosos con fusil—desde el cura Merino (no el regicida, sino el de la facción), hasta los reverendos jesuitas de Barcelona—al leer el reglamento militar de «El Iris» nos asombramos, con igual derecho.

Porque todos sabemos que hay anarquistas por esos mundos y religiosos de armas tomar por esos claustros. Pero en tiempos como los que corremos, cuando a nadie le asombra nada, la ocasión del asombro es la más preciosa ocasión.

Y ya va siendo hora de que yo les revele a ustedes este motivo ocasional de asombro. El adorado «Iris de Paz», en sus «Notas sueltas», tras un preface en el que dice que ni la guardia civil ni el ejército han defendido las iglesias y conventos de Barcelona, establece por boca de sus religiosos: «Así, pues, no nos queda otro remedio sino el defendernos nosotros mismos.»

Y como don Hermógenes en griego, ellos, «para mayor claridad», escriben en latín: «Vim vi repellere omnia jura concedunt.»

El reglamento de la cofradía tiene 11 artículos, uno más que el Decálogo, como ustedes ven. El 1.º establece la cofradía; el 2.º designa por patronos a San Fernando, a Cisneros y a Santiago, «el hijo del trueno.»

Art. 3.º Todos los años se hará una novena, privada o solemne, al apóstol Santiago, en conmemoración de la «semana roja.»

Art. 4.º El arma de defensa será el fusil Remington, y cuando el Mauser deje de ser el arma del ejército, tomaremos el Mauser. Como arma auxiliar obligatoria se adopta el revólver Smith.

Art. 5.º En días que oportunamente se designarán, saldremos a lugares remotos y despoblados y se harán ejercicios de tiro al blanco, procurando adquirir la mayor punttería posible.

Art. 6.º Cada uno de los individuos de la comunidad tendrá sus armas señaladas con el propio nombre. Se guardarán todas juntas, bajo llave, y cuando un individuo fuere trasladado a otra residencia, de ningún modo podrá llevarse el armamento, el cual es propiedad de la casa.

Art. 7.º Se destinarán ciento cincuenta pesetas mensuales (el periódico dice «anuales», pero la errata salta a la vista), para la compra de armamento, aun cuando fuera preciso deducir esa cantidad del presupuesto para biblioteca (nótese que no se habla de refectorio), o sacarlo como contribución de los donativos piadosos, avisándolo, en último caso, a las personas donantes.

Art. 8.º Se organizarán dos guerrillas en la comunidad: una, que ocupará los puestos avanzados, la formarán los hermanos legos, otra, como de reserva, los padres. Cada guerrilla tendrá un cabo, al cual obedecerá ciegamente.

Art. 9.º Los dos cabos de guerrilla estudiarán juntos, y a la brevedad posible, un plan de defensa completa, para el caso de ataques contra la iglesia y la casa. Las obras que se juzgaran necesarias, como construcción de troneras, tapar o cerrar alguna puerta o ventana y forrar las puertas exteriores con planchas de hierro, dar orden al economo de que se ejecuten sin perder ni un día...

¿Qué tal los Hijos del Sagrado Corazón? Hijos de mi alma! No, y en medio de todo, hacen muy bien. ¿A qué andar con emplastos habiendo maússers? Lo que diría Costa: «Nada de vaselina!» Y esto es lo triste. Que los únicos que han hecho caso de Costa son los citados padres misioneros...

CRISTÓBAL DE CASTRO

Ellos contra ellos

Llega el obispo de la diócesis a la antigua Compluto para fomentar la acción social (cosa de neos), y se celebra una velada literaria de lo más cursi, con asistencia de varias autoridades y algunos niños.

El prelado, según ciertas referencias, u otra dignidad eclesiástica, según las últimas rectificaciones, se lamentó de lo mal que resulta la enseñanza católica en Alcalá de Henares. En Alcalá y en toda España; estamos conformes.

Pero no así el rector de los Escolapios complutenses, reverendo padre Moisés, que se levantó a protestar con energía contra la dignidad mencionada y su verbo, llevándose de calle al auditorio y promoviendo entre los beatos alcañinos un alboroto más que regular.

Esos son los resultados del cierre de escuelas laicas; no teniendo los neos en frente a su común enemigo, se entretienen despedazándose los unos a los otros.

Menos mal.

La piedad de la Iglesia

Se ha acusado a Santo Domingo de ser el autor de la Inquisición; su carácter feroz le hace digno de este honor ó de esta infamia. Sorprendiéronle unos sectarios cuando atravesaba un terreno húmedo todavía con la sangre de los herejes: «¿No tienes miedo a la muerte?» le dijeron. «¿Qué harás si nos apoderamos de ti?»

—Os rogaré—respondió el santo—que no deis fin a mi suplicio con una muerte pronta, sino que prolonguéis mi martirio con largos tormentos, mutilando cada uno de mis miembros; os rogaré que arranquéis mis ojos de sus órbitas y dejéis entonces a mi cuerpo, así mutilado, que rueda en su sangre, hasta que tengáis por conveniente matarme.

Aquel hombre, tan ávido de sufrimientos, era digno de inventar los horrores del tormento. Sin embargo, no le acusamos; la espada no tiene culpa de la sangre que derrama, ni tampoco el brazo que la maneja, sino la cabeza que lo ordena.

Nada más horrible que el procedimiento de la Inquisición. El Papa Alejandro IV escribe a los dominicos «que procedan seriamente y sin el embarazo o estrépito de los abogados y de las formas judiciales». No hay ninguna garantía para los desgraciados acusados, ¿qué digo?, todo está combinado para hacer inevitable su condenación.

El inquisidor, antes de dar principio a sus formidables funciones, debe predicar un sermón al pueblo. Para atraer a los oyentes, promete, en virtud de bulas pontificias, una indulgencia de cuarenta días a los que vayan a escucharle. Después ordena a todos los fieles que le ayuden denunciando las herejías y los herejes. Nuevas indulgencias de tres años para los denunciadores. Si hay fieles a quien este cebo no seduce, se recurre a las amenazas; se ordena la delación bajo pena de excomunión y se asegura el secreto al delator, permitiéndole que haga traición a sus amigos, tal vez a sus correligionarios, bajo el sigilo de la confesión.

Una vez denunciado el hereje y entregado a la Inquisición, su pérdida es segura. No tiene defensor: el abogado que comete la temeridad de dar consejos a un hereje, es destituido y señalado con infamia eterna.

He aquí, pues, al acusado solo, delante de su juez. No sabe quién le acusa, no sabe cuáles son los testigos que deponen contra él; todo pasa en la oscuridad. La Iglesia sabía lo que hacía al callar los nombres de los testigos y de los acusadores, porque ¡cosa escandalosa! cualquier criminal, infame, perjuró, cómplice, podía ser testigo; los médicos eran admitidos, más aún, obligados a denunciar a sus enfermos. Se pagaba a los acusadores un marco de plata por cabeza de hereje. Se admitía a la mujer, a los hijos, a los criados del acusado a deponer contra él, pero no podían deponer en su favor. Acusados y testigos eran sometidos al tormento para revelar un crimen imaginario.

Esto es espantoso; pero hay una cosa más espantosa todavía, y es la tortura moral a que sometían los inquisidores a los detenidos. Los engaños para perder a los acusados fueron erigidos en doctrina. El inquisidor juega con el desgraciado que tiene delante como el gato con el ratón. Al principio se presenta muy dulce. «No hay necesidad de gritar—dice,—lo sabemos todo; solamente deseo conocer algunos detalles.» Después va apurando al acusado con preguntas repetidas sobre un mismo punto hasta ponerle en contradicción consigo mismo. Si nada consigue con la dulzura, el inquisidor saca las uñas y hace traer los instrumentos del tormento. Después de esto vuelve a mostrarse dulce, y le ofrece perdón si confiesa. ¡Ay del acusado si cree en la palabra de un sacerdote! Este deja tranquila su conciencia concediéndole cualquier favor insignificante. Por último, si todo esto no da resultado, se engaña al prisionero enviándole algún falso amigo que provoque su confesión, que escucha oculto un notario apostólico para dar fe.

F. LAURENT

COMENTARIO

El anterior artículo, del eminente historiador Laurent, me ha explicado lo que yo no acertaba a comprender: cómo habían surgido ahora en esta nación tantos hombres justos.

Y califico así a los que se han prestado espontáneamente a ayudar a las autoridades en su misión de aplicar a los sediciosos el castigo que las leyes marcan a su delito: extrañamiento, presidio, cadena perpetua, muerte, según los casos. Y no lo comprendía, por no haberse me ocurrido que la tradición se impone imperiosamente a ciertos espíritus.

Durante trescientos veintisiete años se consideró la delación acto honroso en los negocios inquisitoriales; y al resurgir hoy las ideas religiosas predominantes en aquellos tiempos, han resurgido con todas sus lógicas y legítimas consecuencias.

Mas como, aun cuando los clericales lo nieguen, el progreso no deja a su vez de influir también en las costumbres, los delatores de hoy tienen sobre los de ayer esta ventaja: que lo hacen por natural impulso, ó por amor al arte, mientras sus antepasados llevaban la mira egoísta de agenciarse unas cuantas indulgencias.

Por esto habrá que aplaudir a todo delator de ahora que se le ocurra exclamar: «contribuí a que fusilaran a fulano, pero no por interés personal de ningún género, ni siquiera el de ganar el cielo.»

¡Oh desinterés sublime! Tú avaloras extraordinariamente las acciones nobles y honradas.

DE LA CECA A LA MECA

Unas andariegas señoras, sin duda por no saber en qué ocuparse, han visitado al Papa, rogándole que condene el divorcio.

Si se estuvieran en su casa, haciendo al marido la vida agradable, no tendrían ese temor al divorcio, que sólo se pide contra las inmorales ó las maltratadas.

Pero, claro, andan por ahí de visiteos, y cuando el marido les pide la camisa planchada, no está ni lavada siquiera, y la sopa no se puede comer, por cruda ó por socarrada, ó porque está llena de moscas.

¿Cómo no pretender el divorcio! Para un marido que en algo se estime, es resolución obligada.

El Papa, al fin hombre, despachó a las señoras con una plática muy sentida, sin acceder a sus pretensiones.

Por lo demás, no se apuren esas señoras: no les faltarán, si se divorcian, frailes que las consuelen.

La enseñanza del ejemplo

En el Breviario romano, aprobado en el Concilio de Trento, y en la página 498, sección IV, Nocturno II, edición de Venecia 1740, se encuentra una carta de Domingo de Guzmán dirigida al Papa Onorio III, en la cual hace de sí mismo este retrato:

«Languedoc, 7 de Abril 1207.

Beatísimo padre:

Con la ayuda del Señor, yo y mis compañeros no cesaremos jamás de desarraigar del campo de la Iglesia esta yerba venenosa que merece el fuego, primero en esta vida y luego en la otra.

Y para aliviar a V. S. de las gravísimas preocupaciones del apostolado, le procuraremos aquel poco de bien que con la ayuda de Dios hayamos conseguido difundir en estas infelices provincias, tan desoladas por la herejía.

Destruídos por el Duque de Monfort ya 37.000 de estos enemigos de la religión católica, están quemándose en las llamas del Infierno; y así, despejadas las nubes, parece que el sol de la fe pura empieza a resplandecer en estas regiones.

El piadosísimo Duque está tan lleno de celo por el catolicismo, que en donde quiera que olfatea un nido de estas fieras corre con sus tropas y les da caza. Ellos, ó resisten ó huyen, pero siempre son alcanzados y castigados. No se usa piedad con los cuerpos de aquellas gentes que no la tuvieron con las almas fieles, a las cuales asesinaron con el mortífero veneno del error.

El fervoroso Duque los sujeta primero al tormento para dominar su obstinación en ocultar sus cómplices. Imposible es imaginar hasta qué punto los posee el espíritu satánico y les da fuerzas para mantenerse en la infernal impenitencia.—No dejan escapar ni un acento de las sacrilegas bocas que el demonio cierra con mano de hierro.—Un viejo puesto en el tormento y casi aplastado bajo la máquina, reía é insultaba a los santos ministros que le recordaban el deber de la fe.—Una joven de Belial, a la cual los soldados del Duque arrancaban las carnes y le rompían los huesos por haber alimentado a un hereje, sonreía, metía los dedos en las propias llagas y decía que sentía alivio, a tal punto, que los soldados, para consolarla mejor, continuaron renovando aquel consuelo por espacio de una hora, sin lograr inducirla a manifestar en dónde se escondió el inicuo a quien ella había albergado y alimentado.

Los pobres soldados son incansables en la obra de la fe, y por las noches, después del rosario y después de innumerables méritos adquiridos para mayor gloria de Dios, reciben de mis manos la papal bendición que V. S. se ha dignado conceder por medio mío y que yo otorgo en vuestro nombre santísimo.

Creo, Beatísimo Padre, que para remunerar de alguna manera la ardiente fe del señor Duque, debería V. S. dignarse conferirle a él ó a su hermano D. Rodrigo, canónigo de la catedral de Tolosa, la sagrada púrpura, la cual ha conquistado con sus excursiones tiñéndola de la maldita sangre de estos delinquentes.

Basta que en estos países se escuche su nombre para que los herejes albigenses tiemblen de pies a cabeza.—Tiene la costumbre de recorrer la comarca despachando de un solo golpe a los más rabiosos.—Cuanto caen en sus manos son obligados a profesar nuestra fe por la fórmula estatuida por V. S.—Si rehusan se les hace apalea bonitamente persistiendo en los ruegos.—Después se les interroga nuevamente para saber si se han arrepentido; y si contestan negativamente, se pronuncia la palabra suprema: «Crear ó morir.—Se les pone en la hoguera a fuego lento, para darles tiempo de arrepentirse y merecer el eterno perdón.

Alguno de estos miserables una vez al expirar ha dado señales de retractarse ante el horror de muerte tan merecida. Y yo me he consolado en el Señor observando aquellos actos que podían ser de arrepentimiento.

Cuanto más se debatían los reos en el suplicio, tanto más nos congratulábamos nosotros con la esperanza de que aquellas breves penas les procurasen la eterna gloria en la cual esperamos encontrarlos salvos cuando al Señor plazca llamarnos al eterno reposo.

En cuanto a los que fueron seducidos—y por eso menos culpables—no se acostumbra condenarlos en seguida, antes bien, para ejercitar con ellos aquella caridad que Nuestro Salvador nos manda practicar, por lo pronto se les conserva la vida y se les aplican algunos tormentos, los cuales, aunque sean penosos para la carne, son infinitamente más ténues que los reservados en el infierno.

Se les aplican la rueda, las cuñas, los lechos de hierro que distienden los músculos, tenazas y otras mortificaciones del cuerpo que, según la ley de Nuestro Señor Jesucristo, debe ser macerado en la tierra para lograr la gloria en la vida eterna.

En otra carta me haré el deber de alegrar el corazón de V. S. con más detallada narración de estas obras que el Señor se complace ejecutar por nuestro intermedio.

Entre tanto, postrado a los sagrados pies de V. S., imploro para mí y para mis colaboradores y compañeros la apostólica bendición y me declaro el último siervo ó hijo

de V. S., rey de los reyes y pastor de los pastores.

Este Domingo de Guzmán, que se expresa de ese modo, fué después declarado santo, á fin de que se sentara á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, por los siglos de los siglos.

Después de leída esa carta, me arrepiento de haber censurado á los celosos presbíteros que en nuestras guerras civiles procuraron, en la medida de sus fuerzas, hacer cuanto les fué posible por llegar al cielo, empleando procedimientos parecidos á los de Santo Domingo, es decir, atormentando, asustando, quemando, etc., etc.

En familia

Se ha reabierto en Avila la iglesia de San Miguel, cerrada al culto mucho tiempo y restaurada á expensas de una señora viuda.

Dice un periódico local que el acto de la bendición se celebró en familia, y yo no entiendo qué pueda ser esto, como no se refiera al ama del párroco y demás parientes menudos. Familia espiritual, querrá decir; pero la noticia parece un anuncio de hospedaje.

Después de la fiesta religiosa, se verificó, con el mismo motivo, una corrida ó capea. Consecuencia natural: lo uno sin lo otro no se comprende; van siempre unidas ambas cosas en España, tanto, que el mismo periódico las involucra en un epígrafe referente á los festejos dedicados á Teresa de Jesús: *Las corridas de la Santa*, dice, lo cual se me antoja una gran irreverencia.

La Marsellesa

Atardecía. Una tristeza infinita bajaba del cielo gris á lo más hondo del alma. El hermoso parque, humedecido por la lluvia, exhalaba una melancolía dulce, serena, embriagadora. A la rotunda desierta, envuelta por el ramaje en una semioscuridad de ensueño, llegaban ecos confusos de voces, ruidos de pisadas. Fui á dar allí sin saber cómo. Había andado toda la tarde dando vueltas por las calles, sin objeto, al azar, dejándome ir. Me senté bajo un árbol y quedé sumido en la tristeza inmensa del ambiente verde y gris. De cuando en cuando, una diminuta gota de agua venía á sacarme de mi anonadamiento.

La horrible matanza, la tremenda hecatombe, un espantoso relato acabado de leer en los periódicos me había trastornado. Mi sistema nervioso semejava una lira rota. Los pobres aldeanos muertos por la espalda, al huir despavoridos ante las descargas cerradas de la fusilería; las mujeres atravesadas por las balas infames de los odiosos malders detrás de las puertas, de las tapias de piedra; la terrible orgía de sangre, de bestialidad, llevada hasta el último grado del más voluptuoso refinamiento; todo esto que pasó junto á nuestra casa, á nuestro lado, sin que nos hayamos vuelto locos de espanto, de santa, de noble indignación, me había hecho recorrer, como en brutal calvario, toda la gamma de las sensaciones dolorosas. Ya no pensaba, ni sentía, ni quería nada. Mi cerebro, agotado, dormitaba. Mi corazón, debilitado por las violentas contracciones y distensiones, parecía que había dejado de latir. Mi voluntad se entregaba, rendida, después de sordas rebeliones, de esas protestas silenciosas, de muda rabia, que aniquilan.

De pronto, hendiendo el aire, llegaron á mis oídos ecos vibrantes, sonoros. Yo conocía esos ecos. Los había escuchado, entre aplausos frenéticos, entre estruendos vivas, en los mítins. Con el sombrero en la mano, de pie, estremecido, sacudido por el entusiasmo como por una corriente eléctrica, yo mismo había entonado, en los escenarios de los teatros, á veces en la plaza pública, el himno sublime, el canto cuyas notas apagadas me traía la brisa. Era la Marsellesa. Los obreros celebraban el 1.º de Mayo. En el kiosko situado en el centro del parque, una música ejecutaba la marcha grandiosa de Rouger de l'Isle.

Jamás el himno revolucionario me pareció tan triste, tan tierno, tan soberbio, tan vengador. Jamás aquellas notas, de una dulzura, de una languidez supremas, evocadoras de todos los dolores, de todas las esclavitudes, y aquellas otras valientes, guerreras, evocadoras de todas las protestas, de todas las rebeliones, sonaron en mis oídos como entonces. Entonces comprendí por qué la Marsellesa salvó á Francia, por qué conmovió á toda Europa, por qué electriza á las muchedumbres, por qué levanta á los miserables. Hay en ella algo que recuerda la alegría creadora del Génesis; algo que hace pensar en las grandezas sombrías, trágicas,

del Apocalipsis. Es el canto del dolor, de la miseria, de la desesperación, de la ira, de la fe, de la esperanza. Es una blasfemia y una plegaria, el *non serviam* satánico y la oración que sube de todos los labios al gran Dios que maldice las sectas. Es un canto de odio y un canto de amor, de paz; un canto de muerte y un canto de vida. Es la más genial expresión lírica de las amarguras y de los ideales de la humanidad en el período más agitado de su historia.

¡La Marsellesa! Al extinguirse sus últimas notas, los obreros aplaudían. Aplaudían el canto de sus hermanos muertos, el himno que llevó á sus padres á la victoria, la obra colosal de la Francia cosmopolita de 1789, el esfuerzo titánico de aquella generación de héroes; y yo pensaba en los sucesos de Infante, en los sucesos de la tremenda hecatombe en Salamanca, en los sucesos de Jumilla. Los obreros aplaudían. Aplaudían á los apóstoles, á los mártires de la humanidad nueva, mientras yo pensaba en sus verdugos y sentía al bajar al fondo de mi alma, en la rotunda desierta, envuelto por el ramaje en una semioscuridad de ensueño, la tristeza infinita del cielo gris.

Me levanté. Era ya de noche; volví á andar por las calles, sin objeto, al azar, dejándome ir. Mi fe, mi obstinada fe en la vida, en la voluntad, en la acción, habían sufrido una prueba terrible.

ALVARO DE ALBORNOZ

PARA LOS SIMPLES

Brindo esto á los bobos que creen incompatible al Gran Turco con el jefe de la cristiandad.

Fué á Roma una misión turca para solicitar del Papa un patriarcado ó cosa así (no recuerdo bien), que mantenga ó introduzca el espíritu católico en Turquía.

El pontífice se hizo el sordo, pero estuvo con los infieles á partir un piñón, mimándolos, considerándolos, regalándolos, y les indicó la idea de comprar el Santo Sepulcro para trasladarlo á Roma, ya que ¡oh, vergüenza! no tienen los creyentes en Jesucristo coraje para tomarlo á viva fuerza con ayuda del cielo.

Los turcos tampoco soltaron prenda, imitando el proceder del gran vicario de Cristo, y se pasaron muchos solemnes días en dulces coloquios y bienandanzas, fraternizando en el mismo Vaticano con los príncipes de la Iglesia y con el sucesor de San Pedro.

Y unos y otros andaban, como en río revuelto, buscando su ganancia de pescadores; que es lo que los otros y los unos, sacerdotes cristianos ó fakires mahometanos, tratan siempre de demostrar.

Ha circulado por la prensa la noticia de que casi todos los soldados muertos en los combates llevaban escapularios.

Apunto el hecho, y nada más por hoy.

DOCUMENTO PIADOSO

El Papa Inocencio III tuvo el honor de firmarlo, y dice así:

«A mi muy amado hijo en Cristo, el abad Reynier, superior de Cîteaux:

Te ordenamos hacer saber á todos, príncipes, duques, condes y señores de esas provincias, que los requerimos á todos á que os asistan contra los herejes del Languedoc. Una vez allí, desterrarán á todos los que tú hayas excomulgado, confiscarán sus bienes y emplearán con ellos el último rigor, si no abjuran de su herejía solemnemente. Asimismo, requerimos á todos los católicos á que tomen las armas contra los herejes, luego que tú hayas predicado la guerra santa. A los que tomen parte en ella para sostener la fe católica, les concedemos los bienes de los herejes, ó iguales indulgencias que á los cruzados de Tierra Santa.

¡Soldados de Cristo! ¡Guerreros de la Santa milicia! Exterminad á los herejes por todos los medios que Dios os inspire, porque son peores que los sarracenos, y sean establecidos católicos ortodoxos en todos los dominios que posean los herejes.»

Tan cristiana excitación no podía por menos de ser atendida. El clero predicó la guerra santa; los católicos se dirigieron á Classenail, cercaron la plaza, la atacaron, murieron todos sus defensores; y ancianos, mujeres y niños, en número de 63.000, fueron pasados á cuchillo y quemados en grandes hogueras que los obispos bendecían en nombre de Dios y del Papa. Bezziens, Carcasona, Lavaur y todo el Languedoc sufrieron igual suerte, pereciendo en total más de un millón de habitantes, confiscándoseles, por supuesto, sus bienes.

Recomiendo, por lo tanto, la lectura de tan humano documento seis ó siete veces por día siquiera, á los republicanos que transigen con, apoyan la, y comulgan en la santa religión de nuestros mayores.

Su lectura les fortalecerá en la fe, si por desgracia para sus almas la sintieran debilitarse en las luchas del mundo, y les permitirá exclamar cuando nadie los oiga: «¡Pero qué cobardes y qué hipócritas somos!»

Otro ídem

Relación del atro auto de la fe que se hizo en Valladolid domingo ocho días de Octubre de mil y quinientos y cincuenta y nueve años estando presente la majestad del Rey Don Felipe nro Señor.

El tablado de su majestad fue en las casas de consistorio aparejado y aderezado como para tan grande personaje conbenia. Su majestad y la princesa D.ª Juana su germana y el príncipe don carlos nro Señor estuvieron en tres sillas brocados sentados; y el príncipe de Parma al lado del rey á la mano derecha en pie. don antonio de toledo prior de San Juan estuvo en pie junto á su majestad quitada la gorra; y delante en el suelo estaban las damas; y los embajadores de francia que eran tres estuvieron en un banco cubiertas las cabezas; y junto á ellos estaban muchos grandes y señores por su orden: el condestable; el marques de denia, el almirante; el marques de astorga; el duque de najera; el conde de Ureña; el conde de benabente; el consejo real y muchos caballeros.

al otro lado del rey y arrimado al consistorio estuvo el arzobispo de Sevilla inquisidor mayor con tres ó cuatro perlados; y el consejo de la inquisición y los demás consejos. Debajo del cadahalso de su majestad estaba hecho un cadahalso en el que estaban doña maría de mendoza; y condesa de Ribadavia y sus hijas; y las germanas de la señora doña maría, detras de este estaba otro y en el la mujer del almirante de castilla.

En el cadahalso de los herejes estaban hechas seis sillas mas altas á cada cabo: a la mano derecha en la mas alta estuvo fray domingo de Roxas; y a la mano izquierda don Carlos de Sesa y luego los demás herejes hasta treinta.

Hubo sermón; y acabado se levanto el arzobispo de Sevilla y con una cruz de plata y un libro de evangelios tomo juramento su majestad que favoreciera el santo oficio de la inquisición e mandaría executar lo por ellos mandado y revelaría lo que supiese en favor de la fe.

QUEMADOS

Luego fue llamado don carlos de Sesa, caballero; hijo de un obispo de Palencia. Este fue principio de todo el error que en España ha abido. tubo los horrores siguientes: nego el poder del papa y el purgatorio y todos los demás horrores luteranos: quiso morir pertinaz y así fue quemado bibo. inhabilitado y confiscación de bienes.

Fray domingo de rojas fraile dominico, hijo del marques de Poza nego el poder del papa y el sufragio de los difuntos; decia misa despues de aver comido; nego la adoración de las imagenes; leida la sentencia, empezo a hablar al rey, su majestad dio del guante y quitaronle de alli sin le dejar hablar mas; y echaronle un mordaza.

Pedro de Cazalla cura de pedroso, hermano del doctor caza-la, de casta de judio; quemado bibo.

El licenciado diego sanchez sacerdote, vecino de villamediana; por sus horrores fue quemado.

Juan gonzalez, criado del doctor caza-la; quemado bibo.

Doña Fensina, monja profes, nego el purgatorio y la autoridad del papa; quemada.

Juana Sanchez; beata vecina de valladolid; nego el purgatorio y que dios no asiste en el sacramento de la ostia; se mato en la carcel; quemada en esfigie.

doña marina de guevara monja bernarda; discipula del doctor Cazalla; quemada.

doña catalina de reinosa, monja; hija del señor de antillo; nego el poder del Papa; quemada.

doña margarita santisteban; monja de belen; luterana; quemada.

Pedro sotole vecino de aldeapalo; nego el poder del papa y el purgatorio y la misa y la confesion bocal; quemado.

Francisco de Almarza, vecino de almarza; luterano; quemado.

Francisco blanco, morisco; hacia las ceremonias como moro, decia que Jesucristo no era venido al mundo y que abia de venir y se abia de casar y tener hijos y casa y otros horrores; fue quemado.

Cada vez que lean un documento de estos los clericales, se les hará la boca agua, agua que no logrará apagar el fuego de la impura sangre que corre por sus venas, ni limpiar la inmundicia que cubre sus emponzonados corazones.

Cou pensar en la conducta cobarde y miserable que siguen ahora con los presos de Barcelona, deshonorando á esta nación que presumió siempre de hidalga, basta para formarse una idea de hasta donde llegarían si sus esperanzas de restablecer la Inquisición se realizasen.

¡Guerra sin descanso contra ellos, liberales de todos los matices!

BARCO MALDITO

El obispo de Civitavecchia se negó á bendecir la bandera de un buque guerrero italiano, fundándose en que la bendición podría interpretarse como reconocimiento de la unidad italiana.

Muy delgado lo hila el obispo, y el Vaticano, que ha aprobado su conducta, también. Una cosa es obsequiar á los turcos, por si algo se pesca, y otra bendecir la bandera de una nación de quien no se espera nada.

Lo malo será si el buque marcha viento en popa sin la bendición sacerdotal, y otros, benditos desde la chimenea hasta la quilla, se hunden en el fondo de los mares. De lo que hay repetidos ejemplos, el *Reina Regente* entre ellos. Yo iría en aquél, por si acaso.

BUENA ESTOCADA

Va corriendo por la prensa este suelto:

«Un joven que acosado por el hambre se apoderó de tres libretas, fué conducido al juzgado de guardia.

Más humano hubiera sido conducirlo á una casa de comidas.

O al menos á casa de los personajes mauristas que saquearon el Monte Piedad jerezano.»

¡Hasta la empuñadura!

Fraternidad católica

En el congreso católico de Malinas se han tirado los trastos á la cabeza los que hacen de la religión un arma para conquistar el mundo, y los pocos tonos de buena fe que esperan abrir las ostias por la persuasión.

Todos eran católicos y hermanos en Cristo; pero se zurraron moralmente; y no hubo sangre, porque, como los buenos estaban en minoría, se tuvieron que aguantar.

Católicos y tigres no se pelean hasta que les crecen las garras, y los buenos de entre ellos son como las hachas de que habló Víctor Hugo: las que más cortan, son las mejores.

Mi paso por la Cárcel

POR

José Nakens

Tres pesetas

Para los suscriptores á EL MOTIN, dos

Libros en venta

DE D. JOSÉ NAKENS

TRES PESETAS TOMO

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñal, de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dicterios.—Mi paso por la Cárcel.

TEATRALES DEL MISMO AUTOR, Á PESETA

Dios, Patria y Rey.—Y dice el sexto mandamiento.—Ojo al Cristo!

DE DIVERSOS AUTORES

DE CINCO PESETAS

La Iglesia y la moral, por Laurent. *Moral jesuitica*, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE TRES PESETAS

Coba, por Luis Bonafoux.

DE DOS PESETAS

La religión al alcance de todos, por Ibarreta. *El compadre Mateo*, por Pigault-Lebrun. *Gente nueva*, por Luis París.

DE UNA PESETA

El dios Baco, por varios autores. *Fa sostenido*, por Alfonso Karr.

DE 60 CÉNTIMOS

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Ritcher.

DE 25 CÉNTIMOS

Cómo se fabrican dioses (folleto), por R. G. Igersoll, célebre propagandista anticlerical de Norte América.—*Herejes y herejías*, por el mismo.—*Después de la muerte*, por el mismo.

EN PRENSA

LA CELDA NÚMERO 7, por José Nakens.—*Tres pesetas.*

Los suscriptores á EL MOTIN recibirán las obras con el 25 por 100 de rebaja, francas de porte.

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31